# LA TIERRA DE PROMISION

COMEDIA EN CUATRO ACTOS

ORIGINAL DE

W. S. MAUGHAM

TRADUCCIÓN DE

SINIBALDO GUTIERREZ





MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1915

# LA TIERRA DE PROMISIÓN

COMEDIA EN CUATRO ACTOS

ORIGINAL DE

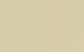
## W. S. MAUGHAM

TRADUCCIÓN DE

## SINIBALDO GUTIERREZ

---

Estrenada en el TEATRO ESLAVA la noche del 14 de Mayo de 1915



MADRID

E. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°
Teléfono número 551

1915

# REPARTO

| PERSONAJES | ACTORES |
|---|---|
| NORAH MARSH............... | SRTA. PALOU. |
| GERTRUDIS...................... | SRA. JIMÉNEZ. |
| MARY PRINGLE........ ... | SRTA. MONTSERRAT. |
| DOROTEA WICKHAM......... | SRA. SATORRES. |
| EMMA SHARP ............... | SRTA. ROMEA. |
| KATE.......................... | VÁZQUEZ. |
| FRANCISCO TAYLOR (Frank).. | SR. GARCÍA ORTEGA. |
| EDUARDO MARSH............ | LLANEZA. |
| ROBERTO HORNSBY.......... | PARIS. |
| BENJAMÍN TROTTER......... | PALOU. |
| SIDNEY SHARP............... | FAURA. |
| JUAN WICKHAM.............. | MORA. |
| CLEMENTE WYNNE.......... | GUIRAO. |

---

Lugares de la escena:

**Acto primero.—Salón en casa de la difunta señora Wickham, en Tombrigge Wells. Inglaterra.**

**Acto segundo.—Cocina-comedor en la hacienda de Eduardo Marsh, en Dyer. Manitoba. Canadá.**

**Actos tercero y cuarto.—Cabaña de Frank Taylor, en Prentice, Manitoba. Canadá.**

# ACTO PRIMERO

Salón en casa de la señorita Wickham, en Tombridge Wells. Demasiados muebles. Varias butacas, muy usadas. Mesitas esparcidas asimétricamente. Vitrinas con porcelanas. Muchos retratos. Sillas de varios estilos. Cacharros de porcelana en las rinconeras. Floreros con flores. Plantas. El papel de la habitación es rameado con enormes crisantemos. Acuarelas muy añejas en marcos dorados.

Una puerta que conduce al vestíbulo. Ventana doble que da al jardín. En vez de puertas, cortinillas corredizas. Cortinajes de encaje, blancos.

Son las cuatro de la tarde. El sol se filtra á través de las cortinillas que están corridas

Sobre una silla, una caja redonda, abierta, con una corona de flores naturales.

—

(KATE, criada vieja, de aspecto respetable, abre la puerta, introduciendo á MARY PRINGLE, señora de compañía al servicio de una anciana millonaria. Es una mujer de cuarenta y ocho años, delgada, de aspecto fatigado y cabellos grises. Va vestida con sencillez.)

KATE — (Entra seguida de Mary.) Pase usted, señorita Mary. Voy á decir á la señorita Norah que está usted aquí.

MARY — ¿Cómo se encuentra hoy?

KATE — Muy cansada, señorita. Se ha echado hace un rato. Pero seguramente se alegrará mucho de ver á la señorita.

MARY — Celebro que no haya ido al entierro.

KATE El doctor Evans se lo aconsejó así y la sobrina de la pobre señorita también.

MARY No comprendo cómo ha podido resistir la fatiga de estos últimos meses, cuidando á la difunta noche y día.

KATE La señorita no quiso tomar una enfermera y cuando ella decía una vez que no... La señorita Norah dormía en la misma alcoba que la señora. ¡Figúrese usted! Apenas había pegado los ojos, la despertaba para que le acomodase las almohadas, porque tenía sed, ú otra cosa por el estilo.

MARY ¡Debía ser insoportable!

KATE Esa es la palabra, señorita, insoportable. Yo no sería señora de compañía por nada del mundo. ¡Las impertinencias que tienen ustedes que aguantar!

MARY Felizmente no todas las señores son como la señorita Wickham. La señora Hobbart, á cuyo servicio estoy, es la bondad personificada.

KATE Me parece oir á la señorita Norah... (Se dirige á la puerta y la abre.) La señorita Mary Pringle está aquí, señorita Norah.

(Entra NORAH MARSH. Treinta y dos años. Continente recatado y simpático. Suavidad y finura de modales. Bajo su apariencia tranquila se oculta un carácter enérgico y apasionado. Viste sencillamente de negro.)

NORAH ¡Cuánto me alegro de verla á usted! ¡Ya supuse que vendría usted esta tarde!

MARY La señora Hobbart ha salido de paseo en coche con una amiga y tengo unas horas libres.

(Se besan. Norah ve la corona sobre la silla.)

NORAH ¿Qué es esto?

MARY Lo trajeron después de salir el entierro, señorita.

NORAH ¿De quién podrá ser? (Leyendo una tarjeta que hay en la caja.) «Recuerdo de la señora Vincent y familia. Acompañamos á los sobrinos de la finada en su profundo dolor.»

KATE El dolor de los sobrinos... ¡Sí, sí!

NORAH (En tono de reproche.) ¡Kate! Llévese esto.

KATE ¿Y qué hago de esta corona?

NORAH Más tarde iré yo al cementerio y la llevaré.

KATE — Está bien, señorita. (Coge la caja y vase.)

MARY — Juraría que usted ha llorado...

NORAH — (Con una leve sonrisa de excusa.) Sí. No lo he podido remediar.

MARY — Pero, ¿por qué?

NORAH — ¿No le parece á usted muy natural?...

MARY — Dios me libre de hablar mal de la señorita Wickham ahora que está muerta y enterrada... Pero en mi vida he visto vieja más intratable...

NORAH — A mí me parece imposible haber vivido tanto tiempo con una persona y verla morir sin pena. He sido su señora de compañía diez años. ¡Calcule usted!

MARY — Cómo pudo usted soportarla... tan cicatera... tiránica... gruñona...

NORAH — Porque me pagaba se creía con derecho á esclavizarme. ¡Pobre mujer! ¡Qué agresiva era! Al principio todas las noches me echaba á llorar recordando las impertinencias que me había dicho durante el día... ¡Luego llegué á acostumbrarme!

MARY — ¡Yo no me hubiera podido acostumbrar!

NORAH — ¡Es tan difícil encontrar una buena colocación como señora de compañía!

MARY — Eso es verdad. Antes de entrar en casa de la señora Hobbart, estuve dos años sin ocupación, y eso que me sirvió una agencia de las mejores.

NORAH — Y usted tiene el recurso de irse á vivir con su hermano.

MARY — ¿No tiene usted un hermano también?

NORAH — Sí. Pero el mío está establecido en el Canadá.

MARY — ¿Le va bien allí?

NORAH — ¡Sí! Admirablemente. Ya realizó su ilusión: Llegar á ser propietario. Y me ha enviado á decir que en caso de apuro tendré siempre á su lado mesa y casa.

MARY — ¡Está muy lejos el Canadá!

NORAH — No parece tan lejos, cuando se está allí.

MARY — ¿Por qué no levanta usted las cortinillas?

NORAH — Pensaba no hacerlo hasta que vuelvan del entierro.

MARY — ¡Qué descanso tan grande para usted ahora que ya todo ha terminado!

NORAH Me parece estar soñando. Durante dos semanas no me he acostado apenas. Estaba extenuada. Y ahora me he pasado casi dos días seguidos durmiendo. ¡Pobre señorita Wickham! ¡Qué espanto le causaba la idea de morir!

MARY ¡Es inaudito! ¡Parece que le profesaba usted gran cariño!

NORAH ¡Qué quiere usted! Desde hace un año sólo consentía tomar alimento de mis manos... Y acabó por quererme... cuanto ella era capaz de querer.

MARY Que era bien poco.

NORAH Además me daba mucha lástima.

MARY No veo el motivo.

NORAH Yo sí. Fué siempre tan egoísta que nadie la quería bien. ¡Y debe ser tan triste morir sin dejar á nadie que llore nuestra muerte! ¡El sobrino y su mujer aguardaban que se muriese con un afán! ¡Era terrible! Cada vez que venían á visitarla, en sus ojos se traslucía el ansia de encontrarla peor.

MARY Pues, hija, á mí me parecía siempre una fiera. ¡Que Dios la haya perdonado! Supongo que se habrá acordado de usted en su testamento.

NORAH (Con leve sonrisa.) Creo que sí... Así me lo ofreció hace dos años cuando estuve á punto de dejarla.

MARY ¿Cuando quiso casarse con usted aquel muchacho que estudiaba para médico?... Me alegré de que no se casara usted con él.

NORAH Era buena persona, pero un poco ordinariote...

MARY Es igual. Los hombres me causan horror. Todos me parecen unos desalmados. ¡Pero un hombre sin educación es ya lo último.

NORAH (Con centelleo en los ojos.) Era formal; vino á hablar con la señorita Wickham para comunicarle sus intenciones. Pero ella no le quiso ni oir. Y me puso verde para desilusionarle. Le dijo que yo tenía muy mal genio.

MARY ¡Pues sí que podía ella hablar de genio!

NORAH En el fondo no la faltaba razón. A veces creía no poderla soportar más y pensaba en dejarla. Pero ella adivinaba mi estado de

ánimo y me decía: «Si se casa usted y su marido no es tonto de remate habrá de echar mano muchas veces de una tranca».

MARY ¡La muy bruja!

NORAH (Riendo.) ¡Una tranca! ¡Pegarme á mí un hombre!

KATE (Entrando.) Señorita; el señor Hornsby desea hablar á usted un instante.

NORAH (Sorprendida.) ¿Ahora mismo?

KATE Le dije que estaba usted ocupada. Pero insistió. Dice que es para un asunto urgente. Y solo por cinco minutos.

NORAH ¡Qué fastidio! Que pase.

(Vase Kate.)

MARY ¿Estorbo, Norah?

NORAH De ningún modo. Es el hijo del coronel Hornsby. Vive allí enfrente, en esta misma calle. Su madre era muy amiga de la señorita Wickham. Venía alguno que otro domingo á verla Y es representante de una fábrica de automóviles, según creo.

KATE (Introduciendo á Roberto Hornsby.) El señor Hornsby.

(Vase Kate. ROBERTO HORNSBY es un muchacho simpático, elegante y fino. Ultima moda.)

ROB. Buenas tardes, señorita. Perdone usted mi apresuramiento en molestarla. Pero temía que se marchase usted de la casa y tengo precisión de verla. Yo también me voy dentro de un par de días.

NORAH Tenga usted la bondad de tomar asiento. (Presentando.) El señor Hornsby. La señorita Mary Pringle.

ROB. Tanto honor... (A Norah.) Vuelvo del entierro... Todo fué perfectamente. Mi madre también asistió... como de costumbre. Los entierros son su diversión favorita.

(Mary Pringle hace un gesto de desagrado. Norah, en cambio, sonríe ante tanta desenvoltura.)

NORAH ¿De veras?

ROB. Como usted lo oye... Está ya muy vieja la pobre... Soy el más joven de sus diez hijos... El Benjamín... (Dirigiéndose á Mary.) Benjamín y Sara.

MARY Sí, ya comprendo... pero se equivoca usted: no era Sara.

ROB. Yo creía... Cuando muere una de sus amigas mi madre nunca falta al entierro. Eso la tonifica, pues piensa: «Una que se va antes que yo»... Y se atraca alegremente de pasteles al tomar el té. (Ríe groseramente.)

NORAH La criada me dijo que deseaba usted hablarme de algo importante.

ROB. Es verdad. Ya me olvidaba... (A Mary.) ¿De quién era madre Sara si no lo era de Benjamín?

MARY ¿Tiene usted empeño en saberlo? Léalo usted en la Biblia.

ROB. (En suficiencia, dirigiéndose á Norah.) A esta señorita no le he sido simpático... Al asunto. Me voy al Canadá. Mi madre me dijo que tiene usted allá un hermano ó cosa así.

NORAH Un hermano, en efecto.

ROB. Y pensó que tal vez no tuviera usted inconveniente en darme dos letras de recomendación para él.

NORAH Con mucho gusto... aunque temo no le sirvan para nada. Mi hermano es un labrador... vive en pleno campo..

ROB. Precisamente. Pienso dedicarme de lleno á la agricultura.

NORAH ¿Usted? ¿Pero es posible?

ROB. Tengo forzosamente que dedicarme á algo... y esa es la ocupación que menos me disgusta... Se va de caza. Se monta á caballo... Luego, hay partidas de polo, de tennis, con apuestas... y se puede ganar mucho dinero... ¡No lo dude usted!

NORAH Yo creía que usted representaba una fábrica de automóviles en Londres.

ROB. Sí... desde luego... es decir, según... ¿Cómo no ha oído usted hablar de ello? Mi madre se lo cuenta á todo bicho viviente. Se ha negado á facilitarme más fondos... ¡Me tienen ya frito y me voy!

NORAH ¿Quiere usted la carta ahora mismo?

ROB. Si no le molesta á usted mucho. (Norah se sienta ante una mesita y empieza á escribir la carta.) En resumen, que mi situación no es de las más brillantes. Estoy completamente en seco. Mientras me atuve al bridge gané lo bastante: mil libras al año, por término medio.

MARY (Horripilada.) ¿Qué?

ROB. Jugando con toda legalidad. No vaya usted á creer... Sacaba mis gastos.. Si yo no fuera la quinta esencia de la idiotez no habría dejado el bridge... Pero me tentó el *monin.*

NORAH (Volviendo la cabeza.) ¿El monín?

ROB. El poker. ¿No lo ha jugado usted nunca? Pues no sabe usted lo que es canela. Los ángeles en el cielo juegan al poker. Lo sé de buena tinta: me lo dijo un croupier experimentado que tiene puesto un garito para desplumar novatos. Buen sujeto. Dos litros de Whishy por día. Total, que después de exprimirme hasta el último penique, quería llevarme á la cárcel por una letra que le firmé. La pagó mi madre. Y me puso de patitas en la calle con orden de salir para el Canadá. Le juro á usted que no vuelvo á jugar en mi vida...

NORAH Ya es algo.

ROB. Al poker, quiere decir. Cuando vuelve, el bridge y sólo el bridge... Con flema no se puede perder... ¿Quiere usted la receta?

NORAH No, gracias. La carta es gratis. (Se la entrega.)

ROB. (Reconocidísimo.) Creo que no la necesitaré. Espero conseguir, apenas desembarque, una colocación estupenda... Mas por si acaso... Conque...

NORAH Hasta la vista, pues, y mucha suerte.

ROB. Hasta la vista. He oído decir que la solterona le deja á usted un buen pico.

NORAH ¿De veras?

ROB. Sí, y lo celebro muchísimo. ¡Á más ver! (Estrecha la mano á Norah y á Mary. Vase.)

MARY ¿Cuánto cree usted que le habrá legado?...

NORAH No sé. El testamento se leerá aquí esta tarde, cuando vuelvan del entierro. Pero según me quiso una vez dar á entender, alrededor de trescientas libras esterlinas anuales de renta.

MARY Bien puede haberlo hecho. ¡Le sacrificó usted los mejores diez años de su vida!

NORAH Ya no volveré á estar bajo las órdenes de nadie. Me levantaré y me acostaré cuando me plazca. ¡Podré entrar y salir á mi antojo!...

MARY Se casará usted... probablemente.

NORAH ¡Jamás!

MARY Entonces, ¿qué piensa usted hacer?

NORAH Viajaré. Viajar es mi ilusión. Iré á Italia, á Florencia, á Roma. Cuando lo pienso me pongo tan contenta... ¿Verdad que no está bien?

MARY ¡Pobrecilla!

(Se oye ruido de carruaje en la calle.)

NORAH Aquí llegan ya.

MARY Será mejor que yo me vaya.

NORAH Sí, sí; más vale.

MARY El caso es que estoy rabiando por saber noticias. ¿Quiere usted que la espere en su habitación?

NORAH No; en el jardín. Ellos han de regresar á Londres en el tren de las cuatro. Y luego tomaremos juntas el té.

MARY Eso es. Y ahora, ¡buena suerte, hija mía!

NORAH ¡Chist!

(Mary sale por la puerta que da al jardín. Después entran en escena JUAN WICKHAM y su esposa DOROTEA. Esta es una mujer joven vestida de luto, pero con atildada elegancia. Juan es delgado, afeitado, incipientemente calvo. Viste de luto. Guante negro.)

DOR. (Jovialmente.) Levante usted los visillos, señorita Marsh. Respiremos un poco. Juan, quítate ya esos guantes, te lo suplico. ¡Son irresistibles!

JUAN ¿Qué tienen estos guantes? El tendero me dijo que eran de última moda.

DOR. Te dan un aspecto fúnebre que abruma.

JUAN No iba á vestirme como para ir á una boda.

NORAH ¿Asistió mucha gente?

DOR Demasiada. Toda la que asiste siempre á los entierros en busca de una distracción apacible.

JUAN (Mirando el reloj.) Ya tarda el notario. No vayamos á perder el tren.

DOR. ¿Quiénes eran aquellos señores tan solemnes que te acompañaban en la presidencia del duelo?

JUAN No lo sé... Me sentía completamente en ridículo.

DOR. Por eso ponías aquella cara... Yo pensaba

que era por los esfuerzos inútiles para aparentar una gran emoción contenida.

JUAN (Tono de reproche.) ¡Dorotea!

NORAH ¿Tomarán ustedes el té?

DOR. Es una idea. ¿Quiere usted hacer que lo preparen para cuando venga el notario?

(Norah va á llamar. Dorotea la detiene con la más gentil de sus sonrisas.)

DOR. La llamaremos á usted si hace falta. Usted tendrá mil cosas que hacer, sin duda.

NORAH Está bien, señora. (Vase.)

JUAN Mira lo que dices, mujer, delante de esa señorita. Ya sabes que quería mucho á la tía.

DOR. ¡Qué inocente eres! A los demás, júzgalos por ti mismo. La señorita Marsh esperaba con ansia la muerte de la vieja.

JUAN Pues los últimos días de enfermedad parecía trastornada.

DOR ¡Por Dios! Todos los hombres sois tontos. Nunca comprendéis que hay lágrimas y lágrimas... Yo también he llorado, y bailaba por dentro.

JUAN Dorotea, eso no lo debes decir.

DOR. Sería verdad aunque no lo dijera. Tía Juana era una bestia salvaje. Todos la aguantaban por el dinero. Nosotros también y á distancia. No veo la utilidad de seguir aún haciendo la hipócrita.

JUAN Y el notario sin venir. No tendría gracia que perdiéramos el tren.

DOR. No me fío de la señorita Marsh. Juraría que conoce el contenido del testamento.

JUAN Lo dudo. No era mi tía mujer dada á las confidencias.

DOR. Pues yo tengo la seguridad de que ella sabe que la deja algo.

JUAN Tiene derecho á suponerlo así. Llevaba junto á la tía una vida de perros...

DOR ¿Una vida de perros? Bien pagada; disfrutando de toda serie de comodidades. ¿Tenía más que irse si no le convenía? La fortuna de tía Juana, ¿no es el patrimonio de la familia? ¡Pues ningún derecho tenía á regalárselo á una persona extraña!

JUAN No podremos quejarnos si la ha señalado

alguna pensión. La tía se lo ofreció cuando estuvo á punto de casarse.

DOR. Es joven todavía. No es como si hubiera pasado aquí treinta ó cuarenta años.

JUAN Pues yo tengo entendido que la tía pensaba dejarle trescientas libras de renta.

DOR ¡Trescientas libras de renta! ¡Pero eso es una fortuna!

JUAN Al tres por ciento, representa un capital de diez mil libras esterlinas.

DOR. No me lo digas, que me da la neuralgia. Es una injusticia. Sin ese dinero no vamos á poder comprar automóvil.

JUAN Confórmate con lo que te den. Y que pare ahí la cosa.

DOR. (Descompuesta.) ¡Juan! (Mirándole fijamente.) ¿Qué quieres decir?... ¡Sería terrible!

JUAN ¡Quién sabe!

(La puerta se abre y KATE aparece trayendo el servicio de té. Lo pone sobre una mesita.)

JUAN Parece que el tiempo tiende á mejorar.

DOR. Sí.

JUAN Ya pronto llegará la primavera.

DOR. Sí.

JUAN Es curioso. Llueve más los días de fiesta que los de trabajo.

DOR. Sí que es curioso. (Vase Kate.) Toda la vida esperando esa herencia, y ahora... De noche, cuando me dormía inadvertidamente del lado izquierdo, soñaba que recibía un telegrama anunciándonos la muerte de tía Juana. ¡Qué de proyectos!... Acabé por echarme siempre del lado izquierdo adrede.

JUAN Pues no olvides: siempre nos trató burlonamente. Prepárate á lo peor.

DOR. Pero, en serio: ¿crees posible que se lo haya dejado todo á esa...?

JUAN No me chocaría nada.

DOR. ¡Juan, eres implacable! Impugnaremos el testamento. Han secuestrado su voluntad. ¡Esa mujer me pareció siempre sospechosa!... Pero, ¿qué hace ese notario que no viene? (Se oye el timbre.)

JUAN ¡Ese debe ser!

DOR. ¡Qué angustia de espera! El corazón me hace ¡pam... pam... pam!

JUAN ¡Domínate, pobrecita! Adopta un sentimiento abatido... hazte cargo... venimos de un entierro... estamos desolados.

(Entra KATE. Anuncia.)

KATE El señor Winne.

(Entra el notario. Kate vase y cierra la puerta. WINNE, notario de la difunta, es de mediana estatura, calvo. Buen color de cara. Modales finos, de levita.)

JUAN Bien venido.

WINNE (Dándole á Dorotea la mano con solemnidad.) En el camposanto, no tuve ocasión de darle á usted mi más sentido pésame.

DOR. (En tono lacrimoso.) Mil gracias. ¿Sigue usted bien, amigo Winne?

WINNE Es preciso tener resignación... conformidad ante la inmensa desgracia.

DOR. Bien es verdad que el fatal desenlace estaba previsto...

WINNE Sí; pero, á pesar de todo, es un golpe muy rudo.

JUAN Mi mujer está abrumada... Pero sufría tanto la pobre tía, que nos consuela el pensar que la muerte ha sido para ella una liberación.

WINNE La señorita Marsh, ¿sigue buena?

(Dorotea le lanza una mirada brusca temiendo que la pregunta envuelva alguna alusión desagradable.)

DOR. Está bien, gracias.

WINNE Ha cuidado á la enferma con una abnegación ejemplar... Una enfermera admirable... ¡Más bien una hija!

DOR. (Con frialdad.) Podías hacerla venir.

JUAN (Cohibido.) ¿Trae usted el...?

WINNE Sí, señor; aquí lo traigo.

DOR. Voy á llamar. (Toca el timbre.)

JUAN ¿El señor notario nos acompañará á tomar el té?

DOR. Perdone usted mi distracción.

WINNE Mil gracias. No lo tomo nunca.

(Saca del bolsillo un envoltorio y de él el testamento. Lo maneja con todo respeto. Dorotea mira ansiosamente el documento. Entra KATE.)

JUAN ¿Quiere usted decirle á la señorita Marsh que tenga la bondad de venir?

KATE Con mucho gusto, señor. (Vase.)

DOR. ¿Qué hora es, Juan?

JUAN (Mirando el reloj.) Tenemos tiempo todavía.

(A Winne.) Necesitamos estar en Londres esta noche para un asunto importante. Sentiríamos perder el rápido.

DOR. Hay tan mala combinación de trenes...

WINNE El testamento es muy breve. Lo leeré en dos minutos.

DOR. (Muy nerviosa é impaciente.) ¿Pero en qué piensa la señorita Marsh?

WINNE ¡Qué hermoso está el jardín!

JUAN (Con brusquedad.) Muy hermoso.

WINNE Constituía la única ilusión de la difunta.

DOR. Ciertamente.

WINNE ¡Mi enredadera no está tan adelantada como ésta!

JUAN (Excitado.) ¿Qué me cuenta usted?

WINNE (A Dorotea.) ¿Le gusta á usted cuidar las flores?

DOR. (Conteniéndose á duras penas.) No, señor; me cargan las flores. ¡Por fin!

(Entra NORAH MARSH. Winne se pone en pie.)

WINNE ¿Sigue usted bien, señorita Marsh?

NORAH Muy bien, gracias.

JUAN ¿Quiere usted tomar una taza de té?

DOR. (Nerviosa.) Juan, esta señorita preferirá tomarlo con tranquilidad cuando nos hayamos ido.

NORAH En efecto, señora. (A Juan, con sonrisa forzada.) Mil gracias.

JUAN El señor Winne trae el testamento.

NORAH ¡Ah, sí! (Se sienta tranquilamente.)

(Dorotea, en el colmo de la ansiedad, con las manos crispadas, mira tercamente á Norah como queriendo inquirir si sabe algo.)

WINNE Señorita Marsh, permítame usted una pregunta: ¿sabe usted si la señorita Wickham hizo algún otro testamento á más de éste?

NORAH ¿Qué quiere usted decir?

WINNE La finada pudo haber hecho otro sin mi consejo...

NORAH (Con seguridad.) No. La señorita Wickham, me dijo varias veces que su único testamento era el que hizo ante usted...

WINNE Mi deber era interrogarla á usted sobre el particular.

NORAH Nada oí que me indicase otra cosa... Ese es el único testamento...

(Dorotea cree comprender y la interrumpe bruscamente.)

DOR. ¿Y en qué fecha lo otorgó?

WINNE Hace diez años... El cuatro de Abril de mil novecientos cuatro.

(Dorotea vuelve á mirar á Norah intensamente.)

DOR. ¿Cuándo entró usted en casa de mi tía?

NORAH A fines de mil novecientos tres... (Pausa breve)

WINNE ¿Lo leo... ó quieren ustedes simplemente conocer lo esencial?...

DOR. Rápidamente... rápidamente...

WINNE ¡Bien!... «La señorita Wickham lega cien libras á la Sociedad del Evangelio. Otras cien al Hospital de Trombridge y el resto de su fortuna á su sobrino el señor Wickham...»

(Dorotea deja escapar un grito de triunfo. Norah permanece impasible.)

JUAN ¿Y á la señorita Marsh?

WINNE A la señorita Marsh no se la menciona.

NORAH (Sonriendo apenas perceptiblemente.) Yo no podía esperar otra cosa. Ese testamento está hecho á los pocos meses de mi entrada al servicio de la señorita Wickham.

WINNE Por eso le pregunté á usted si tenía conocimiento de algún testamento más reciente... La señorita Wickham me dijo que pensaba legarle á usted una cantidad, en consonancia con sus relevantes servicios.. Creo que debió de hablar á usted de ella.. Hasta me precisó la cifra... Una pensión anual de trescientas cincuenta libras esterlinas.

NORAH ¡Que Dios le tenga en cuenta á la señorita Wickham sus buenas intenciones de hacer algo por mí!

WINNE ¡Es extraño! Al doctor Evans también se lo dijo días antes de morir.

JUAN Tal vez exista otro testamento...

WINNE No lo creo, francamente.

NORAH Yo estoy segura de que no lo hay.

DOR. (Vivamente.) Pues entonces, ese no tiene fuerza de ley.

WINNE ¿Qué quiere usted decir?

DOR. Quiero decir que nadie puede obligarme... y que hay que atenerse al testamento.

WINNE Ciertamente...

JUAN Yo deploro que la señorita Marsh... haya podido sufrir una decepción.

NORAH (Jovialmente.) No acostumbro á echar las cuentas de la lechera...

WINNE Sin embargo, la sorpresa en este caso sería muy natural. A esta señorita se lo había hecho esperar.

DOR. (Interrupiéndole.) Según aparece, la fortuna de la tía no era muy grande... Sin duda creyó injusto privar de una gran parte de ella á la familia.

JUAN Evidentemente... Son bienes patrimoniales... Tía Juana los heredó de mi abuelo... y... Pero deseo hacerle á usted presente, señorita Marsh, que nosotros apreciamos en todo su justo valor sus admirables servicios. No hay dinero que los pague.

NORAH Es usted muy amable al hablarme así. Yo profesaba un gran afecto á la señorita Wickham. Y no me costó ningún sacrificio cuanto por ella pude hacer.

JUAN (Vacilante, dirige una mirada á su mujer.) Es que cuidar á mi tía era carga muy pesada.

DOR. (En tono amable.) Ganarse la vida, no es nunca tarea agradable... Y nadie trabajaría si no le obligase la necesidad.

(Norah la mira con sorpresa burlona, al oir tan peregrina refleixón.)

JUAN Mi mujer y yo desearíamos premiar á usted sus servicios.

WINNE Yo tengo la evidencia de que los deseos de la finada...

DOR. (Interrumpiendo.) ¿Cuáles eran sus honorarios, señorita Marsh?

NORAH Ochocientos chelines al año.

DOR. ¡Bonita cifra! ¡Cuántas mujeres se considerarían felices con ser señoras de compañía sin sueldo!... Por la comida y las ventajas de vivir rodeadas de lujos y comodidades... Habrá usted hecho economías...

NORAH (Con frialdad.) Tenía que vestir con decencia, señora...

DOR. (Con la más extremada amabilidad.) Pues bien: mi marido y yo queremos ofrecerle á usted como recuerdo, la asignación de un año, ¿verdad, Juan?

NORAH Agradezco á usted mucho su atención, pero solo aceptaré lo que se me deba legalmente.

DOR. Póngase usted en nuestro lugar. Las herencias traen consigo muchos gastos. Lo menos la renta de dos años se nos llevará el Fisco, ¿verdad, señor Winne?

NORAH Lo comprendo perfectamente.

DOR. Tal vez... lo piense usted mejor...

NORAH Sólo pienso las cosas una vez. (Pausa breve, embarazosa. El señor Winne se pone en pie. Su aspecto da á entender que no le ha deslumbrado la generosidad de Dorotea.)

WINNE Lamento tener que dejar á ustedes

JUAN Nosotros también tenemos que partir, Dorotea.

DOR. (Con el mayor aplomo.) En cinco minutos nos llevará el coche á la estación.

WINNE Hasta la vista, señorita Marsh. Si en algo puedo serle á usted útil, no dude usted en hacérmelo saber.

NORAH Gracias. Es usted muy amable.

WINNE (A Dorotea.) Adiós, señora. (Se inclina ante ella ligeramente. A Juan le saluda ceremoniosamente con la cabeza y vase durante el diálogo siguiente.)

DOR. (En tono afable, á Norah.) Mi marido le escribirá á usted en seguida... Le estamos á usted muy reconocidos por lo bien que cuidó á la pobre tía... Daremos de usted muy buenos informes.

JUAN (Encantado de no tener ya nada que ofrecer.) Sí, sí... Haremos cuanto podamos por usted

DOR. Es usted una enfermera ideal... No tardará usted en encontrar colocación... Entre nuestras amistades tal vez encontremos algo que le convenga á usted.

(Norah la mira reflexionando, pero sin contestar.)

JUAN (A Dorotea, que no puede disimular su alegría.) Vamos, Dorotea... no tenemos tiempo que perder... Hasta la vista, señorita Marsh.

NORAH Adios.

(Se van apresuradamente. Instantes despues se oye el ruido de un carruaje que parte. Norah se queda sola, con la mirada fija en el vacío. No oye entrar á MARY por la puerta del jardín.)

MARY ¡Creí que no se iban nunca!... ¿Qué?

(Norah se vuelve hacia ella y la mira sin pronunciar una palabra. Alarmada.) Norah... ¿qué sucede?

NORAH La señora Wickham no me ha dejado nada.

MARY ¡Oh!

NORAH ¡Nada! ¡Oh, es muy cruel! Ciertamente estaba en su derecho al proceder así. Me dió albergue, me alimentaba, me pagaba ochocientos chelines al año. Libre era yo de irme si no me convenía. Pero, ¿para qué hacerme promesas? ¿Por qué no me dejó casar?...

MARY Eso no, querida. No se habría usted casado nunca con el mediquín... Era un palurdo.

NORAH ¡Diez años! Los mejores de mi vida... Los años de la alegría, de las ilusiones, del amor... encerrada en esta casa, mitad cárcel mitad hospital... y todo á cambio de la comida, el albergue y ¡ochocientos chelines al año! Menos que una cocinera.

MARY Nosotras hemos de renunciar á ganar tanto dinero como una buena cocinera, con tal de vivir entre gentes de nuestra clase...

NORAH ¡Es muy cruel... muy cruel!

MARY (Tratando de consolarla.) ¡Pobrecita, no se aflija usted así! Usted encontrará fácilmente otra colocación. Lava usted y plancha los encajes admirablemente... y sabe usted cuidar las flores con rara habilidad.

NORAH ¡Y yo soñaba con Francia, con Italia! Pasaré otros diez años con otra vieja. Se morirá. Y volveré á buscar otra colocación, ya más difícil de encontrar porque habrá solado mi juventud. Y así seguiré hasta que también á mí me inutilice la vejez. Entonces una persona caritativa hará que me recojan en un asilo. ¡Qué oficio el nuestro! ¡Miserable porvenir!

MARY ¡Ay, hija! ¡Son tan pocos los oficios que una mujer decente puede escoger!

NORAH ¡Cuando pienso en estos diez años! Humillaciones que sufrir!.. exigencias que soportar. . sin tener el derecho de sentirse nunca enferma! fatigada... ¡Y ahora!

MARY Está usted sobreexcitada y fuera de juicio... Ya se calmará usted. No todo el mundo es tan insoportable como la señorita Wickham.

La señora Hobbard ha sido la Providencia para mí.

NORAH ¡Claro!

MARY Norah, usted...

NORAH Después de todo, ella es rica y usted pobre... Le regala á usted sus vestidos de deshecho. No la obliga á usted á comer aparte, salvo cuando tienen invitados. No la humilla á usted recordándole su dependencia más que en los momentos de mal humor... Además usted lleva ya treinta años así... A fuerza de comer el amargo pan de la esclavitud ha acabado por parecerle á usted una golosina.

MARY (Apenada.) Norah, ¿por qué me habla usted de ese modo?...

¡Es usted injusta conmigo! ¿Por qué no se va usted al Canadá? Su hermano tiene allí una hacienda... Esa sería la mejor solución.

NORAH (Interrumpiéndola. Se dirige hacia la mesa y empieza á servir el té.) Mi hermano está casado. Se casó hace cuatro años.

MARY Nunca me lo había dicho usted.

NORAH Me era desagradable hablar de ello.

MARY ¿Por qué? ¿Acaso la mujer de su hermano... es de la cáscara amarga? (Gesto de repugnancia.)

NORAH (Con otro gesto que quiere indicar duda acerca de que es peor.) ¡Psché! ¡Era criada de un fonducho de Winnipeg!

(Aspavientos. Sirve Norah el té.—Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

# ACTO SEGUNDO

La hacienda de Eduardo Marsh, en Dyer, Manitoba. Habitación principal que sirve á la vez de cocina. La casa es de madera. Adornan la estancia fotograbados de revistas ilustradas, claveteados en las paredes, sin marco. Sobre una de las puertas, una cabeza de ciervo disecada. Sobre la otra puerta un gran reloj de cocina. El piso tapizado con linoleum muy brillante. En las ventanas, geranios en botes de hojalata. A un lado de la pieza, una estufa americana y aparador de madera, con platos, tazas y vasos de inferior calidad. Las sillas necesarias de madera lisa y sin pulimentar.

En el centro una mesa-comedor grande. Sobre la estufa un gran caldero y dos cacerolas. Estantería rústica en la que se ven algunos libros, novelas, periódicos ilustrados.

La mesa está puesta.

La comida termina al levantarse el telón.

EDUARDO MARSH, está sentado á un extremo de la mesa. Su mujer, GERTRUDIS, al otro extremo. NORAH entre su cuñada y ROBERTO HORSNBY. Al otro lado FRANCISCO TAYLOR y BENJAMÍN TROTTER.

Gertrudis Marsh, es una mujer pequeñita de mirada algo dura y piel atezada. Nerviosa y activa. Viste blusa, falda de jerga, zapatos negros de tacón alto y delantal

Eduardo Marsh, es fornido, calmoso, con bigotillo y mal peinado. Lleva una camisa de franela negra, con rayas blancas, chaleco y pantalón negros.

Los otros dos son jornaleros.

Francisco Taylor, joven, fuerte, de rasgos regulares, ojos grandes y alegres. Muy dueño de sí.

Benjamín Trotter, es una bestia de carga, inglés, con dientes grandes y negros.

Roberto Horsnby, va cuidadosamente peinado. Su pantalón de trabajo está mucho más nuevo que el de los demás. Lleva una camisa de franela comprada en sus buenos tiempos en Londres. en una camisería de moda.

—

MARSH ¿Quiere usted otro poco de jarabe de arce, Roberto?

ROB. No, gracias.

MARSH ¿Hemos acabado todos?

GERT. Creo que sí. (Marsh y los otros separan un poco las sillas de la mesa. Marsh saca la bolsa de tabaco, llena la pipa y enciende. Roberto, Trotter y Taylor le imitan.)

GERT. Podemos planchar la ropa esta tarde.

NORAH Bueno.

TROTTER ¡Bien trabajó usted hoy en la colada! Por lo que se ve en las cuerdas...

NORAH Los brazos me duelen.

GERT. Cuando lleves más tiempo en el país no ensuciarás tanta ropa interior.

NORAH ¿Ensucié más de la que me corresponde?

GERT. Por cada par de medias mío había dos tuyos... Y así todo lo demás.

NORAH Procuraré corregirme... (Roberto y Marsh sonríen.)

TAYLOR Diga usted, Roberto... ¿Es verdad que cuando usted vino le preguntó á Ed por el cuarto de baño? (Todos ríen.)

TROTTER (Con sorna.) ¡Digo, sí es verdad! Ed le contestó que á un kilómetro de aquí hay un río... ¡La única tina de que tenemos noticia!

MARSH Uno se acostumbra pronto á este estado de cosas, ¿verdad, Roberto?

ROB. ¡Vaya! ¡La sola idea de ver una bañera me pone ahora neurasténico!

TAYLOR Cuando estuve en Colombia conocí á dos ingleses que montaron una serrería. Tenían por toda vecindad á los indios... Durante los dos primeros años no quisieron tratarse con los indios... Les parecían demasiado sucios... Luego acabaron por ser los indios los que no querían juntarse con los ingleses... (Señala con el dedo á la nariz para dar á entender que los ingleses olían mal.)

NORAH ¡Qué asco!

TAYLOR ¿Le da á usted asco el sucedido? ¡A mí me hace mucha gracia! (Enciende una cerilla frotándola en el pantalón y fuma.)

NORAH Es muy propio de quien lo cuenta...

TAYLOR (Después de mirarla un momento socarronamente.) Dentro de poco contaremos de usted algo por el estilo... (Norah le mira de arriba á abajo, con odio, sin contestarle.)

GERT. Anda, Norah. No te vas á estar todo el día mano sobre mano.

MARSH Descansad cinco minutos, mujer... Norah parece estar rendida por el trabajo de la colada...

GERT. ¡Pues no es para rendir á nadie!

NORAH No estoy acostumbrada á esa clase de trabajo... Y me fatiga un poco...

GERT. ¿Quieres decirme á qué trabajo estás tú acostumbrada? Para encargártelo. (Norah se levanta y deja su silla en un rincón. Marsh retira también su silla al rincón de la derecha y se sienta allí. Roberto va á la ventana de la izquierda, mira al exterior, pasa por detrás de la mesa y va á sentarse. Trotter se levanta, pone su silla delante de la estufa y se sienta. Gertrudis pone su silla á la izquierda del fregadero.)

MARSH Déjala que se vaya haciendo á nuestra vida... Todo no se consigue en un momento. (Norah retira de la mesa lo que hay delante de Taylor.)

TAYLOR Me parece que aquí la molesto á usted. (Se aparta de la mesa.)

NORAH Como de costumbre... gracias. (Recoge la taza y el plato de Taylor y se dirige á la derecha.)

TAYLOR (Riendo.) Apuesto á que daría usted algo bueno por perderme de vista.

NORAH Me es igual que se vaya usted ó que se quede.

MARSH ¡No empiecen ustedes á disputar otra vez!

ROB. ¿A qué hora sale el tren, Francisco?

TAYLOR Pasa por el apeadero á las tres y media... Tengo que salir dentro de una hora.

MARSH Roberto le llevará á usted en el coche al apeadero.

TAYLOR Muy bien. Mientras tanto voy á asearme un poco. (A Norah, con sorna.) ¡A asearme! (Norah no contesta.)

GERT. Ya estará usted contento. Se va usted á su casa.

TAYLOR ¡Sí que estoy contento!

(Durante las réplicas anteriores, Gertrudis limpia el mantel de migas de pan y retira el puding, el jarabe y las teteras. Todo lo coloca en el aparador. Norah ayuda á Gertrudis á quitar platos. Levanta el mantel, se dirige á la puerta, sacude el mantel, lo dobla y lo deja en el aparador. Gertrudis cruza la escena llevándose la vajilla sucia.)

GERT. Voy á lavar la vajilla, Norah... Luego tú la pondrás á secar.

NORAH Muy bien.

GERT. Cuando la lavas tú sola no la dejas limpia del todo.

NORAH Lo siento mucho. Debías habérmelo advertido.

GERT. Se ve que en Inglaterra no has lavado nunca un plato. Le parecería indigno de ti.

NORAH Nadie lava los platos por su gusto. Es muy poco divertido. (Va á la estufa, coge el caldero y le pone encima de la mesa.)

GERT. (Poniendo los platos sucios en un lebrillo.) No piensas más que en divertirte.

NORAH No; ¡sólo aspiro á ser feliz! (Vierte agua caliente del caldero al lebrillo y vuelve á poner el caldero sobre la estufa americana.)

GERT. Y para ser feliz, ¿qué te falta? Vives en una casa como hay pocas. Buena cama, mejor mesa y trabajo suficiente para no aburrirse.

ROB. ¡Dichosos los que se aburren!

GERT. (Volviéndose rápidamente hacia Roberto.) Si no le gusta á usted el Canadá, ¿por qué venía usted?

ROB. Si yo sé lo que me esperaba, ¡cualquier día consiento en venir aquí!

MARSH Ya se acostumbrará usted, Roberto. Al principio resulta dura esta vida, ¡pero luego no la querrá usted cambiar por nada del mundo!

GERT. Sólo que aquí hay que trabajar de firme.

TROTTER Lo que es yo no pienso volver á Inglaterra. ¡Para Inglaterra, esto! (Escupe desdeñosamente sobre la estufa.) ¡Quince chelines por semana! ¡Eso es lo que ganaba y nunca hubiera ganado más! ¡Y cinco meses del año sin trabajar!

NORAH ¿Qué hacía usted en Inglaterra?

TROTTER Ladrillos, señorita. Trabajaba en un tejar.

GERT. ¿Señorita? Llámele usted Norah, como á mí que me llama usted Gertrudis.

TROTTER Y luego las huelgas... y los capataces que lo trataban á uno como á las bestias ó poco menos... Aquello no era vivir... Aquí al menos aun no me ha faltado trabajo desde que desembarqué; y la tripa llena... y en el bolsillo un duro para un por si acaso... Y luego, todos iguales; un hombre vale tanto como otro cualquiera.

NORAH ¡Si es que no vale más!

TROTTER De aquí á dos años podré trabajar por mi cuenta. Como el tío Williams de mi pueblo, que empezó haciendo tejas y ahora tiene dos mil duros en un Banco.

MARSH Llegar ahora al Canadá es una gloria. ¡Cuando vine yo era muy distinto! Nadie quería darles trabajo á los ingleses. Preferían hasta á los negros. Y en los anuncios de empleos que ponían los periódicos se leía siempre: «No se admite á los ingleses».

GERT. De ellos era la culpa. No querían trabajar.

MARSH Sí que se hacían á duras penas. ¡Es claro! Emigraba lo peor. Cuando un inglés le tomaba horror al trabajo, ¡ya se sabía! ¡Al Canadá! Creían que bastaba llegar aquí para hacer fortuna.

TAYLOR Estos años han cambiado las cosas. Ya no nos envían el desecho.

MARSH Así es. Hace tres años, cuando estuve á pique de arruinarme, ya encontré gentes dispuestas á arrimar el hombro.,.

ROB. (Revolviéndose en la silla.) ¿Cómo fué eso de la ruina?

MARSH Toda una serie de desgracias Un año se me heló la cosecha. Al siguiente cayó un pedrisco terrible. Hay que ser muy rico para resistir tanto golpe.

TAYLOR Lo mismo me ha sucedido á mí. Una nube de granizo me arrasó la cosecha. Y me tuve que poner á jornal. A esa calamidad debe usted el placer de haberme conocido. (A Norah.)

NORAH (Irónicamente.) ¡Qué suerte! ¡No hay mal que para bien no venga! (Los hombres ríen.)

| | |
|---|---|
| GERT. | ¿Por qué no se fué usted á otra provincia á probar fortuna? |
| TAYLOR | Ya lo pensé. Pero había trabajado durante dos años mi hacienda; había sembrado aquellos terrenos... y me dió lástima perderlo todo... Luego, dos años seguidos con granizo es cosa que no suele suceder y volví á sembrar de nuevo... |
| NORAH | ¿Y es muy grande su casa? |
| TAYLOR | No diré yo que sea un palacio... ¡pero hay hueco para dos! |
| NORAH | ¿Piensa usted en casarse? |
| TAYLOR | Vivir solo en el campo es siempre triste. Pero no es tan fácil meter en el saco á una mujer cuando uno está en los comienzos... Y yo soy propietario hace dos años nada más. Y las canadienses lo piensan mucho, antes de casarse con un labrador. |
| GERT. | Eso prueba que no son tontas del todo. (Ha terminado de lavar la vajilla. Rodea la mesa secándose las manos en el delantal.) |
| MARSH | Pues tú con un labrador te has casado. |
| GERT. | Fué... fué sin querer. Me engatusaste sin darme yo cuenta... |
| MARSH | Ni yo tampoco me la di... |
| GERT. | Te vi solo, abandonado... Me inspiraste compasión... Pensé que sin mí no serías nunca nada. |
| MARSH | Yo creo más bien que fué porque me querías... ¡Sencillamente! |
| TAYLOR | Pues yo pienso ir á una agencia de inmigrantes... Y escoger una entre las mujeres que busquen colocación. |
| NORAH | Así, como los borregos... |
| TAYLOR | Entiendo poco de ganado lanar... |
| NORAH | Y de mujeres, ¿cree usted entender mucho? |
| TAYLOR | Lo suficiente para escoger á ojo de buen cubero... Me basta que sea sanota, con buenos puños para el trabajo... ¡y que no sea tuerta! Todo lo demás, me da lo mismo. |
| NORAH | ¡Es usted una ganga para marido! |
| TROTTER | Por eso quiere cogerlas fresquitas. Acabadas de desembarcar y con el atontamiento del mareo. (Ríen los hombres.) |
| TAYLOR | Tengo un pedazo de tierra... Cincuenta hectáreas, veinte ya roturadas... Tengo una choza construída por mí... Ya es algo. |

NORAH Pan y cobijo. No es mucho lo que puede usted ofrecer. Lo que falta no son colocaciones, sino mujeres que las quieran desempeñar. Estamos muy solicitadas. Se nos espera en el desembarcadero...

TAYLOR Pero algunas prefieren casarse... Ellas sabrán por qué.

NORAH ¡Está usted poco pagado de su persona! Cree usted que en cuanto le vean se le van á rifar á usted las mujeres.

TAYLOR Bien podría suceder.

NORAH No se haga usted ilusiones.

TAYLOR Otros valen menos que yo. Conozco mi oficio y mi negocio... y los conozco á fondo. No todos pueden decir lo mismo. Además, tonto del todo, no lo soy.

NORAH ¿Quién se lo ha hecho á usted creer?

TAYLOR La prueba es que acierto á comprender que usted tampoco es tonta del todo... (Ríen los hombres. Gertrudis quita la palangana de la mesa.)

GERT. (Sonriendo.) Anda, Norah, no desperdicies la ocasión... (Vase por la puerta, dejándola abierta.)

TAYLOR (Bromeando.) El que usted no se haya vuelto loca por mí, no quiere decir que todas hayan de pensar igual.

NORAH (Sin dejar de enjugar la vajilla.) Cierto. Sobre gustos no hay nada escrito.

TAYLOR Y por probar yo nada pierdo.

NORAH En todo caso hace usted bien de dirigirse á una agencia. Y procure usted cerrar el trato de primera intención, y anochecido... Con la luz y con el trato pierde usted mucho... (Los hombres ríen.)

TAYLOR (Guiñándoles el ojo a los demás.) Parece que la preocupa á usted algo eso de que yo me case...

NORAH Sí... me preocupa... por la infeliz que se case con usted.

TAYLOR Pues yo creo que no se aburrirá conmigo... en cuanto logre domesticarla.

NORAH ¿Espera lograrlo usted?

TAYLOR ¡Se doma á un potro salvaje!

NORAH ¡Buena manera de entender el amor!

TAYLOR ¿Quién habla de amor aquí? Se trata de un negocio nada más.

NORAH ¿Qué?

TAYLOR Sí. Yo la hospedo en mi casa; la visto y la... alimento. Además, goza del encanto de mi presencia. Ella, por su parte, ha de amasar el pan, guisar, coser, lavar lana y planchar la ropa. Si sabe hacer todo eso, me importan poco las tachas que pueda tener...

NORAH Con tal que no sea tuerta.

TAYLOR Eso, sí. Fué un consejo que me dió mi abuelo al morir...

NORAH (Irónicamente.) Vamos, lo que usted necesita es una criada. Se casa usted con ella y se ahorra el salario... ¡Envidiable colocación! ¡Qué desahogo de hombre!

TAYLOR La que no se muerde la lengua es usted, Norah...

NORAH ¡Le prohibo á usted que me llame Norah!

MARSH No te irrites, hermana. Es la costumbre del país. También á mí me llama Ed.

NORAH (A su hermano.) Pues yo no aguanto las costumbres del país. ¡No quiero que un jornalero me llame Norah!

TAYLOR No se apure usted... Si quiere... la llamaré señorita.

NORAH Lo que yo quisiera es que se casara usted con la mujer que se merece... para que le bajara á usted los humos... (Taylor se vuelve hacia ella.) ¿Se cree usted muy fuerte, verdad? ¡Tendría que ver esa fortaleza si una mujer le asiera á usted por las fibras del corazón... para retorcérselas sin piedad... hasta arrancarle gritos de dolor.

MARSH (Riendo.) ¡Qué violenta eres, Norah!

NORAH ¡Es usted orgulloso, altanero, egoista!

TAYLOR No sé á punto fijo lo que esas palabrotas quieren decir... ¡pero no son flores, segura mente!

NORAH (Furiosa.) ¡Seguro que no!

TAYLOR Lo siento mucho... porque antes de ir á la agencia, pensaba ofrecerle la plaza á usted... (Los hombres ríen.)

NORAH (Revolviéndose furiosa.) ¿Cómo se atreve usted á hablarme así?

MARSH No te encolerices, Norah...

NORAH (Siguiendo en la tarea de enjugar las tazas que hay sobre la mesa.) Es que no le tolero insolencias. (Entra GERTRUDIS.)

MARSH ¿No comprendes que habla en broma?

NORAH Son bromas de mal género... Y sin gracia ninguna. (Se le cae de las manos una taza, que se le hace añicos.)

GERT. ¡Qué manos!

NORAH ¡Ay, cuánto lo siento...!

GERT. ¡Qué torpe eres, mujer! Todo lo haces á empellones...

NORAH No te apures. Te pagaré la taza.

GERT. ¿Quién te dice que la pagues? ¿Te figuras que necesito que me compres tú una taza? Con decir que lo sentías hubieras cumplido.

NORAH ¡Ya lo he dicho!

GERT. ¡No, no lo has dicho!

MARSH Lo he oído yo, Gertrudis.

GERT. Sí, pero lo dijo como haciéndome un favor...

NORAH ¿Me iba á poner de rodillas? ¡Por una mísera taza!

GERT. El valor es lo de menos... Tu atolondramiento es lo que cuenta...

NORAH Pues solo he roto tres cosas desde que estoy aquí...

GERT. No se te puede encargar nada. Una criatura de seis años lo haria mejor que tú. ¡Todas iguales! (Las dos hablan á un tiempo, quitándose las palabras de la boca.)

NORAH ¡Eso! Insulta á toda la nación inglesa si te parece... ¡Por una cochina taza!

GERT. ¡Y encima tenerme que oir esto! ¡Y con qué gesto de condescendencia! ¡Es para apurarle la paciencia á un santo! (Se enzarzan y gritan cada vez más.)

MARSH ¿Os queréis callar?

GERT. ¡Vaya con la señorita! En su vida hizo nada de provecho y viene ahora queriéndome dar lecciones.

NORAH ¡De educación sí te las puedo dar!

GERT. (Golpeando el suelo furiosa con el pie.) ¡Cómo te atreves? ¡Qué desvergüenza! ¡Vives, comes, duermes en mi casa, en mi casa, y te atreves á insultarme! (Se echa á llorar.)

MARSH (Se levanta y se dirige á Gertrudis.) Gertrudis, por Dios... no hagas el ridículo... ¡Qué es esto!

GERT. (Rechazándole.) ¡Déjame en paz! La defiendes... claro... ¿Qué te importa á ti que yo lleve cuatro años matándome á trabajar? ¡Ha lle-

gado la señorita! Yo no soy más que una criada... sin sueldo... como ella dice... (Gertrudis vase violentamente. Marsh vacila un instante y al fin la sigue, cerrando tras sí la puerta. Trotter se levanta y se dirige á la ventana, contra la cual golpea su pipa para limpiarla. Norah recoge los restos de la taza y los echa en el cubo que sirve de carbonera junto á la estufa. Retira las otras tazas y las coloca en el aparador. Taylor se levanta, dirigiéndose lentamente á la puerta.)

TAYLOR Ya va siendo hora... Voy á recoger mis trastos. ¿Vienes tú, Benjamín?

TROTTER Sí, vamos. ¿Engancho la yegua?

TAYLOR Sí. Eso dijo Ed esta mañana. (Vanse los dos. Norah se queda sola con Roberto Hornsby. Roberto se levanta, se pone á silbar, se aproxima á la estufa y dice, sacudiendo la pipa y sonriendo levemente.)

ROB. ¿Sigue usted creyendo como en Londres, en las excelencias del Canadá?... ¿Nose acuerda del entusiasmo conque me decía usted que esto es la Tierra de Promisión?

NORAH ¡A lo hecho, pecho!

ROB. ¿Se acuerda usted de aquella tarde en que fué á casa de la señorita Wickham á pedirle á usted una carta para su hermano?

NORAH Sí. Aquél día no pensaba yo en el Canadá, precisamente.

ROB. (Se sienta en la mecedora) Es inútil que se lo diga á usted... Me vuelvo á Inglaterra á la primera ocasión.

NORAH (Coloca una silla cerca de la mesa de modo que pueda apoyar en ambas la tabla de planchar. Va á la estufa y prueba si una de las planchas está ya á punto acercándosela á la mejilla. Vuelve al centro de la escena.) Supongo que su madre se alegrará mucho de volverle á ver á usted.

ROB. ¡Que lo tome como quiera! Yo, en este desierto no sigo. Al menos me hubiera quedado en la ciudad, Winipeg.

NORAH Yo creía que si vino usted aquí fué porque no tenía más remedio.

ROB. Es verdad. Su hermano de usted se ha portado muy bien conmigo. Le escribí diciéndole que estaba en las últimas... Fuí una semana cavador en un jardín de las afueras... Vendí periódicos... llevé maletas á la esta-

ción... ¡Una delicia! (Norah pone la plancha sobre la mesa. Aproxima un canasto con ropa blanca que está junto al aparador. Coloca la tabla de planchar.)

NORAH (Riendo.) ¡Qué cara pondría usted!

ROB. Su hermano me envió el dinero para el billete. Y me dijo que aquí en su hacienda no le faltaría en qué ocuparme. ¡Un regalito! Tengo que hacer lo que se niegan á hacer los demás. ¡A cualquier cosa llaman «Tierra de Promisión!» Y eso que desde que estoy aquí, creo notar que la gente se civiliza un tanto.

NORAH Al revés. Es usted quien se embrutece... y usted perdone.

ROB. ¿Por qué lo dice usted?

NORAH (Dirigiéndose á la mesa, llevando la tabla de planchar, con una sonrisilla.) Porque puede usted estarse ahí sentado tranquilamente viéndome cargar con la tabla.

ROB. (Sin moverse.) ¿Es que quiere usted que la ayude?

NORAH (Riendo.) Menos mal, preguntarlo, aunque tarde, es aún un resto de galantería... Pero no se moleste usted... Me parecería estar en Inglaterra y me pondría más triste aún... (Coloca la tabla apoyándola sobre la mesa y el respaldo de una silla. Extiende sobre la tabla un pañuelo y se dispone á planchar.)

ROB. Tendré que tener paciencia un año más... A no ser que intente sacarle á mi madre el importe del billete de vuelta... Le escribiré que me estoy muriendo ..

NORAH Su madre le conoce á usted y no se lo creerá. Y haría muy bien.

ROB. ¡No, que usted no se embarcaría mañana mismo si pudiera!

NORAH (Con los ojos brillantes.) ¡Estoy arrepentida, lo confieso! (Arroja los pañuelos sobre la mesa y se dirige á el. Pausa corta.) Pero usted no sabe lo que yo pasé antes de resolverme á venir. Estuve dos meses buscando colocación como señora de compañía. Me pasaba el día en la agencia y poniendo cartas á las personas que se anunciaban en los periódicos. Dos señoras se ofrecieron á tomarme, pero sin sueldo. Otra quería darme diez chelines por semana.

Y con esa enorme suma había de vestirme, alimentarme, pagar habitación... Opté por el Canadá. Después de adquirido el pasaje, me quedaron cuarenta dollars para toda la vida. ¡Ese fué todo el producto de diez años de trabajo! Al llegar aquí, aquella cifra se había reducido á su más mínima expresión... (MARHS entra fumando en pipa y le dirige una mirada á Roberto. Pasa por detrás de este y se dirige á la mesa. Norah empuña la plancha y va hacia la estufa, deja la plancha y coge otra. Vuelve á la mesa y sigue planchando.)

NORAH ¿Y esa leña, Roberto? Podía usted acabarla de cortar...

ROB. (Levantándose.) Al réprobo, ni tregua ni descanso....

MARSH Y sobre todo, no se apresure usted mucho...

ROB. Está visto... Todo el mundo se siente hoy mordaz en la hacienda... (Vase silbando.)

MARSH (Mirando á la ventana.) ¡El rey de los haraganes! Te agradezco mucho el obsequio... (Se ve á Roberto pasar por delante de la ventana.)

NORAH Me pidió una carta de presentación. No podía decirle que no. (Durante la escena que sigue Norah continúa planchando.)

MARSH Gertrudis está furiosa... Y por causa tuya. (Limpia la pipa con un cuchillo.)

NORAH ¡Se enfurece por bien poco!

MARSH Desde que tú viniste. Antes no nos hemos peleado nunca ni por nada.

NORAH (Cesando de planchar.) ¿Entonces, me echas toda la culpa á mí?... Ella es quien acoge con recelo mis mejores intenciones... (Vuelve á planchar.)

MARSH Cree que la miras de arriba abajo. Debías tener en cuenta que la pobre no ha podido recibir ninguna educación... Tuvo que ganarse la vida desde los trece años... (Se sienta en el ángulo de la mesa.) Y no se le pueden exigir los mismos modales que á quien, como tú, vivió entre gente fina y sin saber lo que es necesidad...

NORAH (Cesando de planchar.) Nunca le dije nada que se pareciera á una censura. (Va á la estufa. Cambia la plancha.)

MARSH La censura no está en lo que dices... sino

en cómo se lo dices. No quieres hacer nada á nuestra manera. Nuestras costumbres nos acomodan... Tienes que amoldarte á ellas si piensas vivir aquí...

NORAH ¡Es que me exige que las adopte de golpe y porrazo! ¡Siempre me ha tratado con desconfianza y hostilidad. ¡Todo lo exagera, lo agiganta! ¡Resulta grotesco! (Marsh la mira desolado. Norah repite el cambio de plancha.) ¡Porque, durante las comidas, bebo agua en vez de ese té tan cargado que no puedo soportar, me lo reprocha diariamente como un crimen! Y así todo por el estilo.

MARSH ¿Qué trabajo te costaría complacerla en esas pequeñeces... en esas manías inofensivas?

NORAH Cuando te hayas cansado de aguantarme, me lo dices. (Alzando los hombros.) Me volveré á Winipeg... Allí podré encontrar fácilmente cualquier colocación.

MARSH Si no quiero que te vayas... Si me alegra tenerte á mi lado... Además, ayudas á acompañar á Gertrudis. Cuanto al trabajo, no creas tan fácil el encontrarlo... y ahora, cara al invierno, menos.

NORAH ¿Qué es lo que tengo que hacer?... (Cesa de planchar.)

MARSH Has de vivir con Gertrudis... ¿A qué llevarlo todo á punta de lanza?... Sé indulgente con sus ridiculeces... ¡Si es tan fácil! (Se dirige pausadamente al fondo.)

NORAH (Dirigiéndose á él.) Está bien; probaremos. (Coge el pañuelo que hay sobre la tabla de planchar. Se pone delante de la mesa y empieza á doblarlo.)

MARSH Y ahora... convendría que le dijeras que lo de antes no volverá á pasar...

NORAH (Con vivacidad.) ¿Yo? No tengo por qué darle explicaciones. Fué ella quien me hizo salir de mis casillas. (Coge el pañuelo y se dirige al extremo de la mesa. Pausa breve.)

MARSH (Cohibido por haber dicho lo que desde el principio se proponía.) Me ha dicho que no ha de hablarte mientras no le hayas pedido perdón.

NORAH Mejor. Ahorrará saliva. Y así no nos volveremos á trabar de palabras.

MARSH (Yendo hacia el otro lado de la mesa.) Estamos á quince kilómetros de la granja más próxi-

ma... Hemos de pasar el invierno constantemente juntos, más que juntos hacinados. Si nieva como casi todos los años, en seis meses no tendremos alma viviente de fuera con quien hablar. (Norah saca del cestillo de la ropa blanca algo que planchar.) Si no pone cada cual algo de su parte esto va á ser un infierno.

NORAH (Arrojando pañuelos sobre la mesa.) Puedes seguir hablando hasta mañana. Es inútil, Eddy. No he de pedirle perdón. (Marsh se sienta en la mecedora.) Demasiadas veces me dominé aguantando sus pullas y alfilerazos. Merecía mucho más de lo que la dije. ¿Voy á someterme á una mujer de su calaña? (Reanuda su labor.)

MARSH Es mi mujer, Norah, ¡no lo olvides!

NORAH ¿Por qué no te casaste con una de nuestra clase?

MARSH En un país como este, ¡valiente adquisición!

NORAH Desde que saliste de Inglaterra has cambiado mucho... ¡y no para mejorar!

MARSH (Se levanta dirigiéndose á Norah. Apoya una mano sobre la mesa, con la otra ase la de Norah impidiéndole planchar.) Escucha, hermanita. Vas á saber todo lo que Gertrudis ha hecho por tu hermano Ella servía en Winipeg, en el hotel Winuedosa. Ganaba dinero. Sabía demasiado lo que era vivir en una granja. El campo es mil veces peor que la ciudad. Y no dudó en arrostrar su monotonía y penalidades... ¡porque me quería!

NORAH (Reanudando el trabajo.) Por casarse ventajosamente. ¿Cuando hubiera podido soñar una criada, como ella, con un hombre como tú?

MARSH ¡Bah, bah, bah! Le sobraban pretendientes. Y muchos eran mejores partidos que yo... Tenía donde escoger. Tu podrás dudarlo; yo bien sé que es verdad. ¿Y sabes lo que hizo hace dos años cuando se perdió la cosecha? (Norah, suspende su tarea.) Volvió á servir en la fonda de Winipeg durante el invierno en espera de la cosecha próxima. Ahorró íntegra su paga y me la dió entera para abonar los intereses de las hipotecas y el coste de la maquinaria. (Pausa.)

NORAH — Está bien. Le pediré perdón. (Marsh aprieta el brazo á Norah y se dirige hacia la izquierda.) Pero déjame sola con ella. Me sería imposible, delante de alguien más... (Vase Marsh. Norah quédase á solas con sus pensamientos. Coge la plancha de encima de la mesa va á la estufa, cambia la plancha, vuelve á la mesa, deja la plancha y llora apoyando los codos sobre la tabla y ocultando entre las manos el rostro. Oye que su hermano vuelve, se enjuga las lágrimas y se pone á planchar de nuevo. Entran GERTRUDIS y MARSH. Queriendo soslayar la cuestión.) Ya llevo la plancha muy adelantada.

GERT. — Me alegro.

NORAH — Es una de las pocas cosas que no hago del todo mal.

GERT. — Si se pone, un niño sabe planchar. (Norah dirige una mirada á Marsh que va hacia la mesa.)

MARSH — Bueno, yo me voy á la cochera.

GERT. — (Revolviendose bruscamente.) ¿A qué?

MARSH — Tengo que arreglar la puerta. Se cierra con dificultad.

GERT. — ¿No me digiste que Norah quería hablarme?

MARSH — Para eso os dejo; para que hableis.

GERT. — ¿A solas? ¡Ah, eso no! ¿Me insulta delante de todo el mundo y quiere darme explicaciones en secreto? ¡A buena hora!

NORAH — ¿Qué es lo que quieres decir, Gertrudis? (Marsh se encamina al fondo.)

GERT. — El me dijo que querías pedirme perdón por lo de antes, ¿no es verdad?

NORAH — Sí, por la paz y la tranquilidad de la fami lia.

GERT. — Me humillaste delante de todos. Desagráviame delante de todos también.

NORAH — (Dejando la plancha y adelantandose.) ¿Como tienes valor de exigirme eso?

MARSH — (A Gertrudis.) No seas tan dura con ella, Gertrudis. A nadie le agrada rebajarse tanto... (La rodea por la cintura.)

GERT. — Pues quien no quiera tener que pedir perdón... que se ate corto la lengua.

MARSH — ¿Tú qué ganas con humillarla delante de la gente? (Se sienta en la mecedora.)

GERT. — Yo, nada. Ella, sí. Así aprenderá.

NORAH — Gertrudis, no seas cruel. Me dejé llevar de

un arrebato... No me obligues, fríamente, á humillarme delante de los otros. Si algo dije que te ofendiera, te suplico que me perdones. (Marsh toca en el brazo á Gertrudis.)

GERT. He dicho que no y no. Es inútil que insistais. Tú decidirás.

NORAH Comprendes que ya es bastante duro tener que pedirle perdon delante de Eddy.

GERT. (Irritada.) ¿Por qué no le llamas Ed, como nosotros? ¡Eddy! ¡Ni que fuera un arrapiezo!

NORAH Eddy le he llamado siempre. Así le llamaba también mi madre.

GERT. Procuras siempre diferenciarte de nosotros.

NORAH No, eso no es verdad, te lo juro. ¿Por que no me tomas en cuenta mi constante afán de serte agradable?

GERT. Bueno, basta ya, Ed, vé á buscar á los jornaleros. (Norah y Gertrudis se miran.) Ella verá lo que tiene que decir.

NORAH ¡Nada! ¡No diré nada! ¡Aunque me mateis!

GERT. ¿No quieres pedirme perdón?

NORAH (Fuera de sí.) Te dije antes que podía enseñarte educación. Me equivoqué. Eres incapaz de aprender... Serás siempre lo que fuiste...

MARSH (Secamente.) ¡Cállate, Norah!

GERT. Ed, te exijo que la obligues á...

MARSH ¡Estoy ya harto de oiros!

GERT. Soy tu mujer y he de mandar en mi casa.

MARSH Es demasiado. Quieres obligarla á tragar la píldora delante de tres extraños. ¡Eso no puede ser!

GERT. (Furiosa.) ¡Te pones de su parte! ¡Si desde que vino ella no eres el mismo para mí!

MARSH Es una obcecación tuya.

(Norah se dirige á la ventana y mira al exterior.)

GERT. (En tono de reproche.) ¿Tienes algo que echarme en cara? ¿Es que te he faltado yo en algo, vamos á ver?...

MARSH Demasiado sabes que no.

GERT. ¿Y por qué consientes á tu hermana que me insulte? ¿Por qué no has dicho una sola palabra en defensa mía?

MARSH (Con amarga sonrisa.) Porque ya te has encargado tú de decir todas las necesarias... y algunas más...

GERT. Pues yo estoy ya cansada de desdenes y humillaciones... Elige entre las dos.

MARSH ¡Gertrudis!

GERT. Si no la obligas á pedirme perdón delante de todos, ahí te quedas. (Se levanta y se encamina al centro de la escena.)

MARSH (Siguiendo á Gertrudis.) Yo no puedo obligarla á pedir perdón si no quiere.

GERT. ¡Pues que se vaya de aquí!

NORAH ¡Sí, me iré! ¡Deseándolo estoy! (Se sienta en la mecedora.)

MARSH ¿Pero cómo quieres que se vaya? ¿Dónde? Cuando te propuse que viniera tú accediste de buen grado.

GERT. Por complacerte... Porque pensé que podría ayudarnos en la labor.

MARSH Basta. Basta de recriminaciones y discusión. Yo no puedo echarla. Estará aquí todo el tiempo que ella quiera.

GERT. Te decides por ella, entonces...

MARSH (Excitado.) ¡No te entiendo!

GERT. Te he dicho que escojas entre las dos. (Con nerviosidad.) Te decides por ella. Está bien. Trabajaré como antes. Yo sé ganarme la vida. He dicho que me iría y me voy. (Gertrudis se dirige á la puerta. Marsh la detiene.)

MARSH No digas esas locuras. ¡Perdónala! (Le ciñe el brazo alrededor de la cintura.)

GERT. (Desasiéndose.) No. Si no me lo suplica delante de todos, una de las dos se marchará.

MARSH Yo no quiero perderte, Gertrudis. ¿De mí qué sería sin ti?

GERT. (Poniéndole la mano sobre el hombro.) A estas horas ya debes conocerme. Sólo tengo una palabra... Lo que yo digo, lo hago. (Marsh va hacia la derecha y se coloca ante la mesa.)

MARSH (En un tono de desolación.) Después de todo, es mi mujer. A ella le debo el ser amo en vez de criado... Sin ella estaría ahora reducido á ganarme un triste jornal... (Norah vacila un momento. Luego toma una resolución.)

NORAH (Con voz ronca.) Está bien. Haré lo que me pide.

MARSH ¿Desde luego lo exiges, Gertrudis?

GERT. Naturalmente.

MARSH (Dirigiéndose á la puerta.) Voy á llamar á esos...

NORAH Francisco Taylor no vale la pena que venga, ¿verdad?

GERT. ¿Por qué no?

NORAH Se marcha hoy mismo... ¿Qué importancia puede tener para él?...

GERT. Si no tiene importancia... ¿por qué te importa tanto?

NORAH Los otros son ingleses. El se complacería en verme humillada. ¡Desprecia tanto á las mujeres! No sé por qué... pero no quisiera delante de él...

GERT. (Dirigiéndose á Norah.) Hay que sacrificarse... Más sufrió Cristo por nosotros... ¡y era Cristo! (Volviendo á la mesa.) A todos, Ed.

(Marsh duda un instante, alza los hombros y vase. Norah se dirige á Gertrudis.)

NORAH (En tono apasionado.) ¿Por qué quieres humillarme así?

GERT. Viniste aquí con muchas ínfulas... ¡Tú á mí no me conoces!

(Coge los pañuelos que hay sobre la mesa y los pone en el cesto de la ropa.)

NORAH Ya te voy conociendo. Sé ya que tienes mal corazón. Si no, no me tratarías así... Yo pensaba quererte mucho.

GERT. (Poniéndose delante de la tabla de planchar.) Imposible. Me despreciabas antes de conocerme.

NORAH Gertrudis, ¿por qué no hemos de querernos todavía? ¡Déjame ser una hermana para ti!

GERT. (Volviéndole la espalda.) Es ya tarde para eso...

NORAH No, no es tarde. No sé qué hago para disgustarte. Yo te admiro; sé lo mucho bueno de que eres capaz. Que supiste hacer feliz á mi hermano y que te dejarías hacer pedazos por él...

GERT. (Enfureciéndose.) ¡Calla, calla! Ese tono de protección me desespera... ¡Me sacas de quicio!

NORAH (Retrocediendo asustada.) Pero, ¿por qué?

GERT. Me hablas como si yo fuera un chiquillo revoltoso... ¡Excelente maestro de escuela hubieras hecho!

NORAH (Tomando una plancha, se dirige á la estufa alzando los hombros.) ¡Decididamente, soy muy torpe!

GERT. (Furiosa.) ¡Te prohibo que te burles de mí!

NORAH ¡Por Dios, no seas ridícula!

GERT. (Muy cerca de Norah.) ¿Crees tú que yo puedo

olvidar lo que le decías á tu hermano en aquella carta que le escribiste antes de casarme yo con él?

NORAH ¡Te la leyó; hizo muy mal!

GERT. ¡Le tenía yo chiflado!

NORAH Antes de casaros podía darle un consejo... Después, mi deber era conformarme con su resolución, y así lo hice. Si me guardabas rencor, ¿por qué me dejaste venir?

GERT. Porque lo quiso Ed. ¡A veces se ponía tan triste! Cuando los trabajadores estaban en el campo ¡se hacía tan largo el día! Y yo no puedo soportar á Ed cuando me habla de cosas y personas de vuestro país, que no conozco ni quiero conocer.

NORAH (Sorprendida.) ¿Eres celosa?

GERT. Hasta que tú viniste, nunca tuvimos el menor disgusto... ¡Te detesto!

(Se ve á Marsh, Trotter y Taylor pasar exteriormente por delante de las ventanas.)

NORAH ¡Gertrudis!

GERT. Y ahora me las pagas... Me has dado ocasión... y la aprovecho.

NORAH Me obligarás á marcharme de aquí...

GERT. Puente de plata Pero no te irás. No es tan fácil como supones encontrar colocación en el Canadá... Créeme á mí, paloma .. (Se coloca en el centro de la escena y mirando con imperio á Norah.) Has de quedarte. ¡Tienes que sufrirme á la fuerza!

(Norah se cubre la cara con las manos. Gertrudis se coloca detrás de la tabla de planchar. Entran MARSH, TROTTER y TAYLOR. Se ve pasar por delante de la ventana á Roberto.)

GERT. ¿Y Roberto Hornsby?

MARSH Ya viene.

GERT. ¿Les dijiste para qué se les llama?

MARSH No. Nada les he dicho.

(Entra ROBERTO. Se queda á la puerta.)

GERT. Mi cuñada me insultó hace un momento delante de todos ustedes.. Según parece, quiere pedirme perdón.

(Marsh y Roberto vuelven la cara.)

TAYLOR (Dirigiéndose á Marsh.) ¿Y para eso nos trae usted aquí? ¡Si lo sé no vengo!

NORAH ¿Por qué?

TAYLOR Porque no me gusta perder el tiempo en monsergas de mujeres...

NORAH Usted dispense... Ya me extrañaba ver en usted un rasgo de delicadeza..

GERT. Vamos, Norah... despacha pronto.

(Norah vacila un instante. Después, haciendo un supremo esfuerzo, se decide, poniéndose delante de la mesa.)

NORAH Siento mucho lo que te dije, Gertrudis... Si te falté, perdóname.

TAYLOR (Sonriendo, á Norah.) Hay que pasar la vida á tragos...

MARSH Se acabó todo, ¿no es eso?

GERT. Sí. Ahora ya estoy satisfecha.

MARSH Entonces nos volvemos al trabajo.

GERT. ¡A ver si te aprovecha la lección, paloma!

(Al decirlo lo hace aproximando el dedo índice á la cara de Norah, en actitud de reprensión. Luego se arrodilla delante de la estufa y empieza á echar carbón. Norah, al oir las palabras de Gertrudis, retrocede. Los otros vuelven á su posición primera.)

NORAH Francisco, un momento...

TAYLOR ¿Manda usted algo?

NORAH Aquí estoy yo de sobra. Hace un rato dijo usted que necesitaba una mujer que supiera guisar, barrer, fregar, lavar y remendar la ropa... ¿Le sirvo á usted yo?

TAYLOR (Jovialmente.) A lo mejor, puede que sí...

MARSH (Horripilado.) ¡Norah!

(Marsh se le aproxima. Gertrudis deja caer la leña al suelo y se acerca también á Norah. Estupefacción general.)

NORAH (Con un gesto.) Solo que se tendría usted que casar conmigo...

TAYLOR No veo inconveniente... Usted lo dijo, así me ahorro la paga.

MARSH ¡Norah, tú no hablas en serio!... Te ciega el despecho!... la ira... Francisco, no la haga caso usted.

GERT. ¡Miren la desvergonzada!

NORAH ¿Por qué? Frank necesita una mujer que cuide de su casa. Hace media hora pidió oficialmente mi mano, digámoslo así... ¿No?

TAYLOR Digámoslo así.

ROB. ¡Por cierto que nunca vi calabazas tan enormes!

MARSH — Desde que él vino, Frank y tú estábais siempre como el perro y el gato... Infeliz, tú no sabes lo que te espera.

NORA — Si él se atreve á probar, yo estoy dispuesta...

TAYLOR — (*Poniéndose junto á Norah y mirándola gravemente.*) Usted no sabe lo que es aquello. Antes de decidirse tenga usted en cuenta... Esta casa, comparada con mi choza, es un palacio.

NORAH — Aquí no soy más que un estorbo... Lléveme usted... que con usted me voy.

(*Marsh se dirige á Gertrudis.*)

TAYLOR — ¡Pues, sí! ¿Cuándo estará usted á punto? ¿Tendrá usted bastante... con una hora?

NORAH — (*Con pánico súbito.*) ¿Una hora?

TAYLOR — Pero, en serio.. ¿O lo dijo usted en broma?

(*Norah vacila un instante. Gertrudis y ella se miran.*)

NORAH — Estaré lista... ¡dentro de una hora!

(*Telón.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



# ACTO TERCERO

La vivienda de Francisco Taylor en Manitoba—Es una choza baja, construída toscamente con troncos de árboles.—Consta de dos piezas. La escena representa la pieza principal.—Al fondo izquierda, una puerta. A la derecha, otra puerta que conduce á la otra habitación. Una ventana junto á la puerta del fondo.—Al fondo derecha una estufa de tubo muy largo. En las paredes, estampas de periódicos ilustrados.—Colgado de un clavo, un gabán viejo.—Sobre una tabla, cacharros, cajas, un canasto. En un rincón, una escoba. El mobiliario consiste en uno mecedora totalmente derrengada por el uso; una mesa rústicamente hecha con tablas de embalajes; una mesa de cocina y en vez de sillas cajones vacíos—Sobre otra tabla cajas de hojalata con especias.—En un rincón una maleta vieja.—En otro rincón, apilados, periódicos y revistas antiguos.—Todo respira estrechez, suciedad, miseria

Nota del autor.—El público debe experimentar la impresión de que la pieza es muy angosta y baja de techo.—Este no rebasará la cabeza del actor mas de 1,50 metros.—La boca del escenario aparecerá achicada convenientemente.—Al levantarse el telón la escena está oscura y vacía.—Entra solamente de fuera un ligero resplandor de noche estrellada.—Se oye ruído de un coche que llega. Voces confusas.

—

SHARP ¡Sóoo! ¡Eh! ¡Sóoo!

TAYLOR (Desde afuera.) Ya llegamos... ¡Qué infernal está el camino!

SHARP ¡Quieto, *Cariñoso!*

TAYLOR ¡Quiere volver á la cuadra!

(Estas palabras se perciben sólo como un rumor.—Se

oye el ruído de una llave en la cerradura.—Abrese la puerta.—Se ve el coche al exterior.—Sharp está aún sentado en el pescante con las riendas en la mano.—Norah acaba de apearse.—Atadas á la trasera del coche vienen los baules de Norah y de Taylor.—Sharp le da á Norah la maleta.—Ilumina la pradera el fulgor de las claras noches del Canadá.)

TAYLOR (Lleva impermeable y encima de éste una piel de carnero.—Traje de paño pardo, tono azulado.— Sombrero de ala grande.) Espera un poco... Encenderé luz... (Frota una cerilla contra la puerta y mira al rededor.) ¿Dónde diablos estará el quinqué? (Dirigiéndose al armario.) La choza es como un pañuelo... y no encuentro el quinqué dichoso.

SHARP (Desde fuera.) ¿Descargo la maleta?

(Taylor encuentra por fin el quinqué sobre la alacena. Enciende.)

TAYLOR Aguarde usted que le ayude.

SHARP (Desde fuera.) ¡Sóoo!... (Vuelve á pasar por delante de la puerta y desaparece.)

(Entra NORAH. Sombrero y abrigo largo. Trae en la mano un bolso de red lleno de paquetitos.)

NORAH (Poniéndose detrás de la mecedora.) Qué viaje tan pesado... Estoy entumecida...

TAYLOR ¿Has sentido frío?

NORAH Ninguno. Voy bien abrigada.

TAYLOR ¡Debe estar helando!

(SHARP entra trayendo el cofre. Le pone en el suelo.)

TAYLOR (A Norah.) No cojas la maleta. Pesa demasiado.

NORAH Tengo buenos puños.

TAYLOR He dicho que no la toques.

NORAH (Sonriendo fugazmente.) Bueno.

(Vase Taylor y vuelve trayendo dos paquetes.)

TAYLOR Podemos tomar una taza de té... Enciende la estufa... Es cosa de un minuto...

NORAH Casi no vale la pena... ¡Es muy tarde!

TAYLOR (Duramente.) Obedece y calla.

(Se le ve fuera ayudando á Sharp á descargar el otro cofre. Norah ata el bolso en el respaldo de la mecedora y se dirige á la estufa. Se arrodilla y sopla removiendo la ceniza. Taylor y Sharp traen el cofre de Norah.—Sharp representa unos cuarenta años y tiene aspecto rústico.)

SHARP ¡Vaya si pesa, señora Taylor!

NORAH Traigo ahí toda mi fortuna. Como el caracol.

TAYLOR Te equivocas. Desde esta mañana eres también copropietaria de cincuenta hectáreas de secano... Lo mejor de Manitoba... y de una casa soberbia...

NORAH Y propietaria de un marido, además.

SHARP ¿Dónde quiere usted meter esto?

TAYLOR Ahí, en la pieza de al lado. Si no, vamos á estar dándonos golpes á cada paso...

(Sharp y Taylor conducen el cofre en la dirección indicada. Sharp abre la puerta. Entran el cofre. Norah se levanta; mira á su alrededor, se dirige á la izquierda, coge astillas, papel y lo lleva todo á la estufa. Vuelven Sharp y Taylor. Sharp se dirige á la mesa, Taylor á donde ustá Norah.)

TAYLOR Mujer, ¿qué haces? Con esos leños no enciendes la estufa de aquí á mañana. (Sharp vase riendo.) ¿Dónde se habrá metido el hacha? (Va hacia Norah y le quita los leños de las manos.—Mira á su alrededor buscando el hacha y se dirige hacia detrás de la estufa y vuelve.—Norah se arrodilla y mete papeles en la estufa. Taylor coge el hacha que está entre los leños.) Te costará trabajo adecentar la quinta. . (Se pone á astillar los leños. Entra SHARP. Trae un rifle y un morral. Cruza la escena, coloca el rifle en un rincón y cuelga el morral debajo de la ventana ) Gracias, amigo Sharp.

SHARP ¿Ha cazado usted mucho en Dyer, Francisco?

TAYLOR Algo. Unas cuantas perdices.

SHARP Pues si usted no me manda otra cosa (Pausa.) me voy hacia casa.

(Taylor se levanta y se dirige hacia Sharp. Norah recoge una astilla del suelo y arrodillándose la mete en la estufa.)

TAYLOR ¿Qué prisa tiene usted? Tome usted una taza de té con nosotros.

SHARP No, gracias. Temo que el potro se me enfríe...

TAYLOR Métalo usted en el establo.

SHARP No. Me voy á escape. Mi mujer estará con cuidado. Mañana vendremos los dos á hacerle á usted la visita, señora Taylor.

NORAH Muchas gracias. Salude usted á su señora de mi parte. (Se levanta, va á la alacena, coge las cerillas y enciende el fuego en la estufa.)

TAYLOR (Asomándose á la ventana.) Sharp vive allá... donde se ve aquella lucecita. A un kilómetro de aquí. Es un buen amigo. Su señora podrá ayudarte al principio.

SHARP. Siempre. Ya va para trece años que habitamos en el país. Lo conocemos á fondo. Conque, mandar y buenas noches.

TAYLOR Buenas noches, Sharp. Y gracias por habernos traído en el coche desde la estación.

SHARP De nada. Adiós, señora Taylor. (Con una sonrisilla.) ¡Y que sea para bien!

NORAH Buenas noches.

(Sharp vase. Ruido del coche que se aleja.)

TAYLOR ¿Te chocará oirte llamar señora Taylor... y más aún que yo te tutee?

NORAH (Huyéndole la mirada y con ligera emoción.) Sí.

TAYLOR Una vez ú otra había que empezar. A mí me gusta hablarte de tú. Voy á sacar agua. (Coge un cubo que habrá á la izquierda y vase dejando la puerta abierta. Se oye el ruido de la bomba. Norah coge el quinqué, lo eleva á la altura de su cabeza y mira alrededor. Dirígese á la derecha. Cesa el ruido de la bomba. Entra Taylor y cierra tras sí la puerta. Norah no le oye entrar y se sobresalta al oir su voz.) Qué, ¿inspeccionas tu hacienda?

NORAH (Poniendo el quinqué sobre la mesa.) ¡Me ha asustado usted!

TAYLOR Di: me asustaste. (Norah vacila.) Dilo.

NORAH Me asustaste.

TAYLOR ¿Y te gusta el nido?

NORAH No mucho.

TAYLOR Para mí tiene un mérito; lo hice yo con estas manos. (Acercándose á ella.) Cada tronco de estos era un árbol que yo mismo talé. Mañana echaré á tierra uno bien grande para que tú lo veas.

NORAH Aquí está la marmita.

(La coge de encima de la estufa. Taylor echa en la marmita agua. Norah vuelve á dejar la marmita nuevamente sobre la estufa.)

TAYLOR Mira si hay té en algún bote de la alacena. Al menos, cuando me marché, lo había. ¿Tendrás hambre?

NORAH Poca cosa. He comido mucho en el tren.

TAYLOR ¿A aquello llamas tú comer mucho? ¡Si era

una ración de pajarito! Cabía en un dedal y sobraba dedal.

NORAH (Riendo.) Nunca gocé de gran apetito.

TAYLOR Al revés que yo. Yo necesito un cubo, y falta cubo. ¿Dónde pusiste el pan que compramos en Winipeg?

(Norah junta la acción á la palabra. Coge el saquito que colgó en la mecedora. Saca de él el pan y la manteca y los pone sobre la mesa. Quita el papel que envuelve la manteca y lo pone en la alacena. Saca dos tazas, dos platillos, dos cucharillas y un cuchillo. Quita la marmita de la estufa y la coloca también sobre la mesa.)

NORAH Voy á sacarlo.

TAYLOR ¿Y la manteca? Mañana habrá que amasar y cocer pan, ¿sabes?

NORAH ¿Te corto un pedazo?

TAYLOR Sí.

NORAH (Corrigiendo.) Di: como gustes.

TAYLOR Como gustes, ¿qué?

NORAH Dilo.

TAYLOR Como gustes. No lo entiendo. ¿Es que no piensas quitarte el sombrero y el abrigo? (Norah se levanta, se quita el sombrero y abrigo y los coloca sobre el saco de mano. Vuelve á la mesa, prepara el té, el pan y la manteca.) Para ser mujer, no eres muy comunicativa.

NORAH No tengo por ahora nada que decir.

TAYLOR ¡Bah! Más vale tener mujer demasiado callada que demasiado habladora.

NORAH ¡Es muy raro encontrar una mujer perfecta! ¡Infelices criaturas!

TAYLOR ¿Cómo, qué dices?

NORAH Nada. ¡Una simple reflexión!

(Taylor se quita el abrigo. Lleva debajo una chaquequetilla de punto. Cuelga el abrigo detrás de la puerta y vuelve á sentarse en la mecedora.)

TAYLOR ¡Qué gusto da encontrarse uno en su casa... en su propia casa!

NORAH Hay mucha gente que se resigna á no tenerla.

TAYLOR Sí; pero al cabo cansa trabajar siempre para otro. Bien es verdad que Ed es un bello sujeto... pero siempre gusta más ser amo que criado.

NORAH (Señalando la puerta de la derecha.) Y esa puerta, ¿adónde da?

TAYLOR A la alcoba. ¿Quieres ir á verla?

NORAH No.

TAYLOR Cuando construí este tabuco, pensé que un día ú otro me tenía que casar. Sharp se volvía loco viéndome empeñado en hacer dos piezas en vez de una. Y es que yo sabía que las mujeres os perecéis por refinamientos como éste.

NORAH ¿Como cuál?

TAYLOR ¡Digo! Esto de tener un cuarto aparte sólo para dormir...

NORAH Aquí tienes el pan y la manteca. ¿Quieres un poco de jarabe de arce?

TAYLOR Claro.

(Se levanta Taylor, y pasando por delante de la mesa va á sentarse junto á ésta. Norah coge la botella de jarabe que habrá en la alacena, la pone sobre la mesa y retira la marmita.)

NORAH El agua está ya á punto. ¿Y la leche?

TAYLOR Tendrás que pasarte sin ella hasta que podamos comprar una vaca.

NORAH El té sin leche no me gusta.

TAYLOR Prueba á ver. ¿Te atreverías tú á ordeñar una vaca?

NORAH Yo no. Jamás.

TAYLOR Entonces no tienes por qué marearme echándolas de menos.

NORAH Eres todo un filósofo. (Prepara la tetera. Va á la estufa á ver si el agua está cociendo. Echa agua en la tetera. Deja la marmita en la estufa. Pone la tetera sobre la mesa. Taylor abre la botella de jarabe y derrama un poco sobre el pan.) ¿Habrá una bujía? Quisiera sacar algunas cosas de la maleta.

TAYLOR Ahí sobre esa tabla. (Señala al fondo de la escena. Norah va allí.) ¿Pero es que no vas á sentarte un poco y tomar té?

NORAH No quiero, gracias. (Coge la bujía.)

TAYLOR Siéntate, monina.

NORAH ¿Para qué? (En tono jovial.)

TAYLOR Para nada. Porque yo te lo mando.

NORAH (Lo mismo) Yo te aconsejaría que no me mandases tantas cosas.

TAYLOR Entonces te lo ruego. No vas á negarme el *primer* favor que te pido.

NORAH (Con una sonrisa amable.) Eso ciertamente que no... (Deja la bujía sobre la alacena y se sienta á la mesa.) Ya está.

TAYLOR — Y ahora, sírveme té, ¿quieres? (Mirándola mientras ella le sirve.) ¡Es muy chocante! Contemplar á *mi* mujer sirviéndome el té en *mi* propia casa.

NORAH — ¿Te recrea el espectáculo?

TAYLOR — Lo confieso. Anda, bebe un poco, chiquilla. Te acostumbrarás en seguida á tomarlo sin leche. Tal vez la mujer de Sharp podrá mañana proporcionártela. (Norah se sirve un poco de té.) Será una tontería, pero me esponja el pensar que estamos haciendo nuestra primera comida conyugal. Cómete esa tostada. (Le pasa una rebanada de pan con manteca. Norah corta un pedacito y se lo come.) La verdad es que no hemos perdido el tiempo. Cuando pienso que ayer mismo aún me prohibías que te llamase Norah...

NORAH — Fué una ridiculez. Es que estaba entonces furiosa.

TAYLOR — Y ahora, marido y mujer.

NORAH — Casamiento por sorpresa. Podemos decirlo.

TAYLOR — ¿No te cohibe un poco?...

NORAH — No. ¿Por qué?

TAYLOR — Podía infundirte cierto temor encontrarte sola de repente en un despoblado con un desconocido casi.

NORAH — No soy cobarde.

TAYLOR — Más vale así.

NORAH — Sin embargo, un momento sentí miedo. Fué cuando te pedí que me llevases contigo. Tardaste lo menos quince segundos en contestar. Siglo y medio. Creí que ibas á decirme que no.

TAYLOR — (Después de una pausa para dejar de comer.) Es que reflexionaba.

NORAH — (Riendo.) Aquilatando mis defectos y mis buenas cualidades.

TAYLOR — No. Pensé que no me lo habrías pedido de aquel modo á no sentir un gran desprecio para mí. (Bebe. Norah se echa un poco hacia atrás en la silla y le lanza una mirada rápida.)

NORAH — No comprendo qué es lo que te hace decir eso.

TAYLOR — Es muy sencillo. No podías indicarme más claramente que me tenías por cualquier cosa.

NORAH — ¿Por qué no te negaste entonces?

TAYLOR — Porque tampoco yo soy cobarde.

NORAH — (Con una mirada de rencor.) Y porque escasean las mujeres en Manitoba.

TAYLOR — Siempre alenté en el fondo de mi corazón un anhelo. Casarme con una mujer inglesa. Después de domadas son las mejores.

NORAH — (Con amabilidad fingida) ¿Y piensas empezar pronto esa operación de la doma?

TAYLOR — Contigo será fácil. Eres inteligente y te harás cargo en seguida.

NORAH — ¿De veras? Me favoreces mucho... ¡No sé cómo agradecerte tanta lisonja!

TAYLOR — Mañana daremos una vuelta para que conozcas mis posesiones. Aún me queda mucho por... Trabajo para todo el invierno. El año que viene podré sembrar unas treinta hectáreas. Y si la cosecha es abundante, compraré otra parcela de terreno. Para que rinda la tierra hay que tener mucha, mucha... La vida es insoportable sin dinero.

NORAH — No esperaba casarme con un millonario.

TAYLOR — No te burles. Vivirás poco tiempo en una cabaña, te lo prometo. Este es el país más rico del mundo. Con sólo tres cosechas medianas me bastará para hacerte una casa de ladrillo, soberbia, como las de Londres.

(Taylor se echa un poco de té y deja la tetera delante de Norah.)

NORAH — ¡Londres! ¿Qué harán en Londres ahora?

TAYLOR — A juzgar por la hora que es... dormir.

NORAH — (Mirando al servicio de té.) La señorita Wickham tenía una tetera de plata... que constituía su mayor orgullo... También estaba muy satisfecha del servicio de té, que era antiguo y finísimo. Lo lavaba ella misma; á nadie confió nunca esa operación.

TAYLOR — Agua pasada... Miremos el porvenir.

NORAH — (Sin oir estas palabras.) Nunca se sabrá de cierto en qué consiste la felicidad.

TAYLOR — Yo quisiera que brindáramos... Pero no tengo con qué... (Se levanta y se aproxima á Norah.) Otra vez será... Entre tanto, dame un beso.

NORAH — (Deja la taza, se levanta y se aleja de la mesa.) No me gusta besar... ni que me besen.

TAYLOR — (Sonriendo.) Pues es un gusto que está muy

extendido... ¡Solo que tú eres distinta de los demás.

NORAH Puede que sí.

TAYLOR No me has besado una vez siquiera. Y ya hace horas que somos marido y mujer.

NORAH (En tono muy amistoso.) Podías hablar á medias. ¿Que necesidad hay de decirlo todo con todas sus letras?

TAYLOR Cuando una mujer niega un beso á su marido .. es forzoso hablar muy claro para dejarse entender. (Se dirige hacia Norah.)

NORAH Siéntate, Francisco, siéntate. Tengo que explicarte una cosa ó dos.

TAYLOR Eres excesivamente amable. (Se sienta en la mecedora.) ¿Tú, dónde te quieres sentar?

NORAH Como tú has ocupado el único asiento cómodo de la casa... Entre los otros hay poco que escoger.

TAYLOR En efecto.

NORAH Haremos bien en poner las cosas en su punto antes de pasar adelante.

TAYLOR Como tú quieras. (Repantigándose en la mecedora con ambas manos entrelazadas detrás de la cabeza.)

NORAH Claramente me dijiste que tomabas mujer para que te sirviera de criada y ahorrarte el sueldo. Están los salarios por las nubes en el Canadá.

TAYLOR Así lo entiendes tú.

NORAH ¡Ser cocinera no es muy divertido!

TAYLOR Lo reconozco.

NORAH Tu necesitabas alguien para fregar, barrer, zurcir... me ofrecí á hacer todo eso. Tú aceptaste. Y el trato es trato. Nunca imaginé que llegaras á esperar de mí otra cosa más.

TAYLOR ¡Pues eres totalmente idiota, hija mía!

NORAH (Irritada.) ¡No mé insultes, haz el favor!

TAYLOR Es mi manera de hablar. Tienes que irte acostumbrando.

NORAH Exigí que te casaras conmigo porque de otro modo no podía yo vivir aquí.

TAYLOR No. Lo exigiste porque eres una criatura inaguantable. Estabas roja de furor. Pero al cerrar la maleta ya te habías arrepentido.

NORAH (Fríamente.) ¿Qué es lo que te lo hace sospechar?

TAYLOR Te lo conocí cuando volviste á la cocina, lí-

vida, más que pálida. De buena gana te hubieras vuelto atrás. Tu orgullo satánico te lo impidió.

NORAH (Poniéndose en el centro.) ¡Ni por todo el oro del mundo me habría yo quedado en aquella casa!

TAYLOR Cuando fuí á buscarte para la ceremonia, aún vacilabas. Pero también te faltó el valor.

NORAH Verdad. No logré pegar los ojos en toda la noche. Me horripilaba lo que había hecho. Pero no conocía á nadie en Winipeg. ¿Adónde dirigirme? En el bolsillo media libra. Tenía que resignarme, y me resigné.

TAYLOR En el tren, al venir, me has examinado de pies á cabeza.

NORAH ¿Lo notaste?

TAYLOR Estabas haciendo mi... inventario. Era fácil adivinar lo que pasaba por tu imaginación. ¿Qué resultado dió el balance? (Echándose hacia atrás en la mecedora.)

NORAH Lo mejor de mi vida lo he pasado junto á una vieja. Conozco mal á los hombres...

TAYLOR Me hago cargo.

NORAH Pero decidí pensar que eres bueno... y te portarías bien conmigo.

TAYLOR ¡Cuánto halago de golpe!... ¿No tienes más que decirme?

NORAH No.

TAYLOR Entonces, tráeme la bolsa del tabaco, ¿quieres? Creo que está en el abrigo.

(Norah vacila un momento, después, se dirige al abrigo que está colgado en la percha de la puerta. Coge la bolsa del tabaco y se la da á Taylor.)

NORAH Tómala.

TAYLOR (Riendo.) Creí que ibas á mandarme á paseo. ¡Eres muy dócil!

(Norah se dirige á la mesa.)

NORAH Recibir órdenes me agrada poco.

TAYLOR Hasta ahora para nada te has ocupado de mí.

NORAH He sido siempre cortés contigo.

TAYLOR Muy cortés. Pero con la cortesía del amo. Nunca me dejaste olvidar que yo no era más que un criado. Te crees muy superior á mí porque sabes tocar el piano y hablar

en francés. Pero en este desierto no hay piano que tocar ni con quien hablar en esa lengua.

NORAH (Volviéndose hacia él.) ¿Adónde quieres ir á parar?

TAYLOR En el campo aprovechan para poco las labores de adorno. Son como los billetes de Banco en el Polo Norte. Sabes guisar apenas; no sabes ordeñar una vaca, ni aparejar un caballo.

NORAH ¿Te arrepientes ya de tu adquisición?

TAYLOR No. Te educaré fácilmente. Pero no te andes con remilgos. Todo saldrá como una seda, en cuanto yo te ponga al corriente.

NORAH Yo sola me basto y me sobro para eso, ya verás.

TAYLOR (Haciendo como que no oye estas palabras.) Cuando dos personas han de vivir juntas, forzoso es que ambas pongan algo de su parte... Mientras tú hagas lo que yo te mando, todo irá bien.

NORAH ¡Mira qué contrariedad! ¡En cuanto me mandan algo me entran á mí ganas de no hacerlo!

TAYLOR Lo había notado. Y vas á tener que abandonar esa costumbre.

NORAH Dos ó tres veces me has hablado en un tonillo que yo no puedo soportar. Cuando quieras algo nada te cuesta emplear buenos modos.

TAYLOR ¿Y si no quiero? No me nace. Has de obedecerme á las buenas .. ó á las malas.

NORAH ¿A las malas? ¿Cómo?

TAYLOR ¡Soy más fuerte que tú!

NORAH ¡La fuerza bruta! Un hombre no puede emplearla nunca contra una mujer. (Asombro de Taylor.) ¿Te sorprende lo que te digo?

TAYLOR ¿Quién me lo iba á impedir?

NORAH (Con sonrisa despectiva.) ¡Eres tonto!

(Taylor le lanza una mirada y ríe también. Se levanta, quita el quinqué de encima de la mesa. Empieza á desatar el equipaje.)

TAYLOR Voy á deshacer la maleta. (Señalando al servicio de té.) Friega todo eso.

NORAH (Alzando los hombros.) Mañana lo fregaré. Ahora es tarde. (Se sienta junto á la mesa.)

TAYLOR En cuanto se termina con ella es cuando hay que fregar la vajilla. (Norah le mira, risueña, pero sin moverse de la silla. Taylor va hacia la mesa.) ¿Oyes lo que te digo?

NORAH Perfectamente.

TAYLOR ¿Por qué no lo haces entonces?

NORAH (Risueña.) Porque no me da la gana.

TAYLOR Pronto quieres imponerte.

NORAH Lo que haya que hacer, hacerlo pronto.

TAYLOR ¿Lo harás?

NORAH No.

(Taylor la mira; dirígese á la izquierda y coge el barreño y el paño de secar la cosa. Echa agua en el barreño y lo pone sobre la mesa.)

TAYLOR ¿Lo lavas?

NORAH No.

TAYLOR Yo te obligaré á lavarlo.

NORAH ¿Cómo?

TAYLOR Lo vas á ver.

NORAH (Pasando delante de la mesa.) Voy á sacar los cobertores. De madrugada hará frío.

TAYLOR Norah.

NORAH (Intentando hacer lo que dijo.) ¿Qué?

TAYLOR Ven aquí.

NORAH ¿Para qué?

TAYLOR ¡Ven aquí!

(Norah le mira, pero no le obedece. Taylor se acerca y trata de asirla por las muñecas.)

NORAH ¿Osarás tocarme siquiera?

TAYLOR ¿Osarás siquiera dudarlo?

NORAH Te olvidas de que soy una mujer.

TAYLOR Lo tengo muy presente. Por eso te obligaré. Si fueras un hombre tal vez no lo conseguiría. ¡Anda, ven! (Trata de cogerla por el brazo. Ella se le escurre y le da una bofetada. Se refugia en el rincón de la izquierda. Taylor queda en el centro de la escena, pálido, desencajado. Tras un segundo, domina su emoción.) ¿Tú sabes lo que has hecho?

NORAH Pues, ¿qué creías?

TAYLOR Que eras demasiado lista para llegar á pegarme. Si de eso se trata llevarías siempre la peor parte tú.

NORAH No te temo.

TAYLOR Bueno, lava la loza y en paz.

NORAH No quiero. (Retrocede hacia el fondo izquierda.)

TAYLOR ¡Vamos! (Se dirige á ella. La coge por las muñecas y trata de arrastrarla hacia la mesa. Norah forcejea pero no logra desasirse. La emprende á puntapiés con Taylor.)

NORAH ¡Suéltame, suéltame!

TAYLOR ¡Andando, paloma! ¿A qué viene tanta niñería?

NORAH Eres un cafre... ¿Cómo te atreves á tocarme? No me obligarás á hacer lo que no quiero. ¡Suéltame, suéltame!

(Al decir estas frases se han acercado á la mesa. Norah se inclina rápidamente y muerde á Taylor en la mano. Instintivamente él la suelta.)

TAYLOR ¡Ay! ¡Qué dientes tan afilados! (Pausa.)

NORAH (Acodándose en la mecedora.) ¡Cobarde, cobarde!

TAYLOR (Mirándose la mano.) No pensé que llegaras hasta morder... ¡Una mujer tan bien educada!

NORAH Y tú, ¡pegarle á una mujer!

TAYLOR No te he pegado. Me abofeteas, me muerdes, me das varios puntapiés, y luego resulta que soy yo quien te pega... ¡Delicioso!

NORAH ¡Salvaje! ¡Te odio!

TAYLOR ¿Ves? Eso me tiene sin cuidado con tal de que laves esos cacharros.

NORAH ¡Mira! (Se acerca á la mesa y con el brazo barre las tazas que caen al suelo haciéndose pedazos. Taylor se acerca también á la mesa y contempla los restos.)

TAYLOR ¡Es lástima! ¡Ya andábamos mal de vajilla! Tendremos que tomar el té en botes de conserva.

NORAH (Detrás de la mecedora.) Dije que no las lavaría. Y no las he lavado. Ya lo ves.

TAYLOR En efecto. ¡Ya sería inútil!

NORAH ¿Ya lo ves? ¡Me he salido con la mía!

TAYLOR Lo reconozco. ¡Menudo estropicio! ¡Solo siento que ahora tendrás que molestarte en barrer todo eso!

NORAH ¡Jamás!

TAYLOR (Inclinándose sobre la mesa.) ¡Ya es demasiado! ¡Haz lo que se te manda!... ¡En seguida!

NORAH ¡Aunque me mates!

TAYLOR ¿Para qué? Las mujeres escasean en el Canadá. (Coge de un rincón la escoba y vuelve al primer término. ¡Toma la escoba!

NORAH Lo barrerás tú, si quieres. (Taylor le da la escoba. Norah la coge y la arroja con furia.)

TAYLOR Hazte cargo. Si no barres los tiestos en seguida voy á tenerte que obsequiar con una tunda horrorosa...

NORAH (Despreciativa.) ¿Tú?

TAYLOR Este humilde servidor... ¡Y basta, que no tengo más ganas de risa! (Se arremanga. Bruscamente Norah se pone á gritar.)

NORAH ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro! (Corre á la ventana.)

TAYLOR ¡Sí, grita, grita! No hay nadie á menos de un kilómetro... (Se dirige á ella; pero Norah se escurre.)

NORAH Si me maltratas te haré encerrar. ¡La ley me protege!

TAYLOR ¡Fíate de la ley... y no corras! En mi casa soy el amo. ¡Coge la escoba y á barrer!...

NORAH ¡No quiero! (Taylor da un salto. Al retroceder Norah se da cuenta de que Francisco está ciego de furor. Su mirada la horroriza.) ¡No me pegues... no me pegues!

TAYLOR (Conteniéndose y mirándola.) Aquí no hay más ley que una; la del más fuerte. En los pueblos serán las mujeres iguales á los hombres... En el campo, el hombre es amo y señor.

NORAH ¡Francisco!

TAYLOR ¡Ea, basta ya! (Norah pasa delante de él; se inclina, recoge los tiestos, y los pone sobre la mesa. Taylor la mira, sonriendo, pero sin malignidad ni alteración en la voz.) Así me gusta. Basta ya. (Norah pasa por delante de la mesa. Coge la escoba, barre lo que queda y vuelve á dejar la escoba en el rincón. Vuelve á la derecha, coge el abrigo y el sombrero.)

TAYLOR ¿Qué haces?

NORAH Ya te obedecí. Ahora, me voy.

TAYLOR ¿Dónde?

NORAH ¡A donde sea, con tal de irme!

TAYLOR ¿Te figuras que hay un hotel de primer orden ahí á la vuelta como quien dice?

NORAH Dormiré al raso.

TAYLOR ¿Al aire libre? ¡Te morirás de frío!

NORAH ¿Y qué te importa á tí que yo viva ó que yo muera?

TAYLOR Me importa mucho. ¡Escasean las mujeres en Manitoba!

NORAH (Hace que se va. Taylor la cierra el paso.) ¿No quieres dejarme salir?

TAYLOR Cláro que no. (Se pone delante de la puerta.)

NORAH No podrás retenerme aquí contra mi voluntad. Si no me voy esta noche me iré mañana.

TAYLOR ¡Mañana! ¡De aquí á mañana...! (Pausa. Norah mira á Taylor horrorizada.)

NORAH ¿Qué quieres decir? (Alejándose.)

TAYLOR Yo no sé qué cuentas galanas te hiciste tú al casarte conmigo... Las mías son éstas: que seas mi mujer de verdad y para siempre.

NORAH Pero... es que... (Sin poder hablar apenas.) ¿Pero tú no me comprendiste?... (Dirigiéndose á la silla que hay junto á la mesa. Taylor no contesta. Norah, al fin, se domina y trata de hablarle serenamente.) Francisco, lamento lo que acabo de hacer. Fué una niñería querer luchar contigo. Pero me hablaste de un modo que me irritó...

TAYLOR (Dirigiéndose á la mesa.) Eso no tiene importancia. Yo tan poco entiendo mucho de mujeres... Todas me pareceis caprichosas... Se imponía una agarrada, tarde ó temprano. Mas vale que haya sido al principio.

NORAH Has vencido tú. ¡Ahora, compadécete!

TAYLOR No tendrás queja de mí. Te lo aseguro. (Norah quiere dirigirse á la puerta. Taylor la atranca con el brazo.)

NORAH ¿No quieres dejarme marchar?

TAYLOR No. No lo puedo consentir.

NORAH No te serviré para nada. Soy incapaz; tú mismo me lo has dicho. Seré siempre un estorbo aquí. No quieras que llore toda mi vida el extravío de un instante... No, tu no tienes corazón para eso...

TAYLOR ¿Qué irás ganando con que te deje marchar? ¿Piensas pedirle á Gertrudis que te admita en su casa de nuevo? (Norah se aproxima á la mesa.) ¡Tienes tú demasiada altivez!

NORAH (Con amargura.) De mi altivez queda ya bien poco. .

TAYLOR ¿Y si tratáramos de entendernos?

NORAH Fué una ofuscación. Un momento de locura. ¡No supe lo que me hacía!

TAYLOR Demasiado comprendí que ibas á cometer una estupidez. Pero eso no era cuenta mía. Cuando yo vendo un caballo dejo que lo examine el comprador á su gusto. Pero no vengo obligado á decirle sus macas.

NORAH — Según eso, ¿no valen súplicas? ¿Quieres que me quede á la fuerza?

TAYLOR — Seguramente.

NORAH — ¿Cómo tienes alma?...

TAYLOR — Anda, cariño, seamos buenos amigos... Deja que te dé un beso.

NORAH — No. Porque no te quiero.

TAYLOR — ¡Eso ya me lo maliciaba yo!

NORAH — Ni tú á mí me quieres tampoco...

TAYLOR — (Inclinándose sobre la mesa.) ¡Pero somos un hombre y una mujer! (Taylor cambia de tono y actitud. Antes bromeaba. Ahora habla seriamente, con brutalidad mal contenida.) Escúchame, mariposa. A tí te han criado para señorita. Te has pasado la vida sin hacer nada. Te crees superior á mí porque has ido al colegio mientras que yo para poner una carta sudo la gota mortal. Tuve que ganarme la vida apenas salido del cascarón. Ahora vas á tener que olvidar todas las tonterías que te metieron en la sesera. No eres ni más ni menos que una palurda ignorante. Tienes amo: yo. (Se dirige hacia ella. Norah retrocede.) Eres una yegua resabiada. Quiero quitarte los resabios por buenas. Y si no te sometes tendré que cazarte como se caza á los pieles-rojas; con cepo. (Quiere cogerla. Norah se esquiva, arroja al suelo sombrero y abrigo, coge el rifle que está colgado en la pared y después de montar el gatillo se lo echa rápidamente á la cara.)

NORAH — (Apuntándole.) ¡Quieto ó te mato!

TAYLOR — (Parándose bruscamente.) ¡Te falta valor!

NORAH — Abreme la puerta... Déjame ir... Si no, disparo...

TAYLOR — (Adelantando un paso y echando los brazos hacia atrás.) ¡Ya puedes! ¡Tira! (Norah aprieta el gatillo. Se oye el ruido del disparador, pero nada más. La escopeta está descargada.) ¡Falló! (Norah retrocede.)

NORAH — (Con la faz descompuesta.) ¡Descargada! (Cogiendo la escopeta con la mano izquierda y dejándola caer.) ¡Estaba descargada!

TAYLOR — Naturalmente que sí. Iba yo á estarme tan quieto... te iba á consentir que tirases á bocajarro si no hubiera sabido que no estaba cargada. El que hiciera eso sería un idiota. Y yo no lo soy. Ya te irás convenciendo.

NORAH (Coge la escopeta con la mano derecha y la arroja violentamente.) ¡Dios mío! ¡Dios mío! (Cruza la escena.)

TAYLOR Si llega á estar cargada, me matas como á un perro. ¡Fantástico! Nunca te hubiera creído capaz... ¡Una mujer así me estaba á mí haciendo falta! (Se acerca á Norah y sin darle tiempo para evitarlo la aprisiona entre sus brazos y trata de besarla. Norah se resiste desesperadamente volviendo la cara.)

NORAH Me mataré, si me tocas.

TAYLOR Te aseguro que no. (La aprisiona brutalmente. Un beso largo en la boca. Después la suelta. Norah se deja caer, abrumada, en la mecedora. Solo parece oirse el latir de dos corazones.)

NORAH (Con las manos en la cara.) ¡Oh, qué vergüenza, qué vergüenza! (Llora desesperadamente.)

TAYLOR (Poniéndole afectuosamente la mano en el hombro.) Mejor harías en ceder... Si á la fuerza vamos, he de ser yo siempre el que más pueda.

NORAH (Se levanta y va á la mesa.) ¿No tendrás siquiera un poco de generosidad?...

TAYLOR Según como tú la entiendes... ¡no!

NORAH ¡Oh, que desventurada soy!

TAYLOR Escucha. (Señala con el índice hacia el foro. Parece escuchar con mucha atención. Ella le mira sin decir nada, sin pestañear.) ¡Nada! ¡Silencio y soledad! El vago rumor de la campiña desierta. Es como si estuviéramos solos en el mundo tú y yo... Esta pudiera ser para nosotros la tierra prometida... ¡el Paraíso terrenal! ¡Eres *mi mujer* y por *mi mujer* te quiero! (Se inclina hacia ella. Norah le mira con temor, pero sin hablarle. Taylor coge el quinqué, va á la puerta de la habitación contigua, la abre, sosteniendo el quinqué á bastante altura y mira á Norah con naturalidad. Por hacer algo, Norah coge el trapo de la vajilla y frota maquinalmente la mesa. Quiere ganar tiempo.) Se va haciendo tarde... Ya limpiarás eso mañana temprano...

NORAH ¡Mañana! (Una mirada de vergüenza, de miedo, de angustia se escapa de sus ojos, y sacude todo su cuerpo un violento temblor. Se oculta la cara entre las manos, pasa por delante de la mesa y se encamina hacia la otra habitación. Telón.)

FIN DEL ACTO TERCERO



# ACTO CUARTO

La misma decoración que en el acto precedente. Pero ciertos detalles delatan la presencia de una mujer en la cabaña de Frank Taylor. Cubre la mesa un tapete; en la mecedora hay un cojín; en la ventana, cortinillas de muselina, recogidas por una lazada. Geranios en botes de hojalata. Estantería rústica con libros. En la pared, láminas en colores, recortadas de periódicos ilustrados. Los cajones vacíos que servían de banquetas han sido sustituídos por sillas rústicas hechas por Frank durante el invierno.

Cuando la puerta de la choza está abierta se ve la campiña á pleno sol.

—

(NORAH pasa por delante de la ventana de derecha á izquierda. Entra trayendo en la mano un manojo de flores. Las deja sobre la mesa. Vierte agua en un vaso y coloca en él las flores.

Se ve á FRANK pasar también por delante de la ventana, de derecha á izquierda, Entra, cuelga el sombro detrás de la puerta y se coloca en el centro de la escena, hacia izquierda.)

NORAH — Te creía en el campo.

TAYLOR — Hoy tenía poco que hacer; solo salí á dar una vuelta con Sharp y un amigo que vino de Prentice.

NORAH — ¡Ah!

TAYLOR — (Mirando las flores.) ¿Qué es esto?

NORAH — ¿Verdad que son lindísimas? Las acabo de coger. Siempre alegran las flores.

TAYLOR — (Fríamente) En efecto.

NORAH — La habitación parece así más risueña.

TAYLOR (Mirando á su alrededor.) De nuestra choza has hecho un nido. Ahora sí se le puede llamar así. La mujer de Sharp se hace cruces. Sharp dijo el otro día que es porque tú eres, como si dijéramos, *una señora* de verdad. Yo creo que no le falta razón.

NORAH (Con leve sonrisa.) Celebro mucho que no hayas encontrado en mí una criatura irremediablemente incapaz.

TAYLOR Nunca viví tan á gusto. Siempre lo dije. No hay como las inglesas. A la larga, sacan de todo el mejor partido.

NORAH ¿Y á qué vino ese amigo de Prentice?

TAYLOR La que no me parece estar aquí contenta del todo, eres tú... (Se sienta en una silla, á la izquierda de la mesa.)

NORAH ¿Por qué lo dices?

TAYLOR Tienes buena memoria. ¡Nunca me perdonarás aquella primera noche!

NORAH (Bajando los ojos.) Me decidí pronto á arrostrar las consecuencias de mi determinación. Y he procurado amoldarme á tus costumbres.

TAYLOR Algunos días disimulabas mal tu rencor.

NORAH ¡Es que me humillaste de un modo! Y olvidarse de eso, le cuesta trabajo á cualquiera. (Norah coge un libro que hay sobre la silla que está á la derecha de la mesa y lo pone en la estantería. Frank va á la puerta y mira al exterior.)

TAYLOR Norah, Eduardo va á venir dentro de un instante.

NORAH ¿Eduardo? ¿Quién?...

TAYLOR Tu hermano.

NORAH (Sorprendida se vuelve hacia él.) ¿Eddy? ¿Cuándo? (Se coloca hacia la derecha.)

TAYLOR Pues... dentro de poco. En Prentice estaba esta mañana.

NORAH ¿Cómo lo sabes tú?

TAYLOR Mandó decir por teléfono á Sharp que salía para aquí, en coche.

NORAH ¡Oh, qué alegría! ¿Por qué no me lo dijiste antes?

TAYLOR Porque lo ignoraba. (Se pone á la izquierda de la mecedora.)

NORAH (Pasando por detrás de la mesa y situándose á la derecha de Frank.) Por eso me preguntaste antes si era feliz. Ya te notaba yo algo...

TAYLOR — También pensé que si seguías queriéndote marchar... podrás ahora aprovechar la ocasión.

NORAH — ¿Por qué te figuras que quiero irme?

TAYLOR — Durante estos meses no te mostraste muy parlachina que digamos. Pero no era muy difícil sospechar tus intenciones.

NORAH — Yo no puedo volver á la hacienda de Eduardo, si es eso lo que quieres decir. (*Va al rincón de la izquierda y cuelga el sombrero en la percha, á la izquierda de la puerta.*)

TAYLOR — (*Dirigiéndose á la izquierda de la mesa y tocando las flores de mostaza que hay en el vaso.*) Si llega él antes de que yo vuelva, dile que no tardaré... Mientras, no os disgustará charlar un rato á solas...

NORAH — Te figuras, lo menos, que voy á contarle horrores de ti... (*Coge el cubo de detrás del taburete de la izquierda, lo pone detrás de la estufa y cuelga el paño de la vajilla.*)

TAYLOR — (*Se coloca detrás de la mesa, hacia la derecha, y se encara con su mujer.*) No. No es ese tu sistema. Ya nos conocemos. Podremos ignorar nuestras buenas cualidades... Las malas nos las sabemos de memoria.

NORAH — (*Después de guardar el paño de la vajilla, mirando á Frank fijamente.*) Frank... Algo te sucede...

TAYLOR — Nada... ¿Por qué? (*Va á la derecha de la mesa y juguetea con las flores.*)

NORAH — Te encuentro cambiado hace unos días.

TAYLOR — Chifladuras tuyas. Tengo que irme. Sharp y el otro amigo me esperan.

(*Frank coge de la percha el sombrero y vase, cerrando tas sí la puerta, Se le ve pasar por delante de la ventana, Norah se asoma un instante á la puerta, vuelve á la mesa, coge el cesto de labor y se sienta detrás de la mesa. Se ve á* EDUARDO MARSH *pasar por delante de la ventana. Llama.* NORAH *va á abrir. Entra* MARSH. *Este á la derecha, ella á la izquierda.*)

NORAH — ¡Eddy! ¡Querido Eddy! ¡Cuánto me alegro!...

MARSH — ¡Yo también, Norah! Aquí me tienes.

NORAH — No te sentí llegar. ¿Y el coche?

MARSH — Mira á ver. (*Norah se asoma á la puerta.*)

NORAH — ¡Cómo! ¡Si es Roberto! ¡Roberto Hornsby! (*Sale llamando á Roberto.*)

ROB. — (*Desde fuera.*) ¡So... quieto, caballo!

NORAH Puede desenganchar... Tenemos cuadra.

MARSH Sí. (Saliendo á la puerta.) Roberto, desenganche usted... y dele usted un pienso á *Lucero*.

ROB. En seguida.

NORAH ¿Has visto á Frank? Salió hace un momento.

MARSH No.

NORAH Vuelve en seguida. Pero, siéntate... (Pasan á primer término.) Aquí, á mi lado... hermanito. ¡Qué alegría da volverte á ver!

MARSH Cuenta cómo te va, Norah.

NORAH Hablemos antes de ti. ¿Y Gertrudis? ¿Qué os trae por este destierro á ti y á Roberto? ¿Te sirve todavía aquel bruto... no recuerdo cómo se llama... el criado? ¡Ah, sí! Trotter... eso es. ¡Habla, hombre! Pareces un pelele... ¿Quieres que te sacuda? (Lo hace.)

MARSH Lo primero, dentro de tres meses ó cuatro, espero ser un dichoso padre de familia.

NORAH (Acercándosele y dándole palmaditas en la cabeza.) ¡Qué contenta estará Gertrudis!

MARSH Dice que no sabe qué pensar. Pero yo creo que está loca de alegría. Me encargó que te diera muchas memorias, y que á ver cuándo sigues su ejemplo.

NORAH (Echándose hacia atrás en la mecedora.) ¿Yo?... Pero aún no me has dicho el motivo de tu viaje.

MARSH Pues... cuando Frank me escribió para lo de la máquina roturadora...

NORAH (Interrumpiéndole.) ¿Se ha escrito Frank?

MARSH ¿No lo sabías? Me aconsejó que viniese á ver una trilladora que se vende barata en Prentice. Una ocasión. Y que, de paso, tú te alegrarías de verme...

NORAH ¡Es muy raro! No haberme dicho nada.

MARSH Pensaría darte una sorpresa. Y dime, ¿os lleváis bien?

NORAH Muy bien. ¿Y cómo es que Roberto ha venido contigo?

MARSH Se vuelve á Inglaterra.

NORAH No es posible.

MARSH Al fin ha logrado que le envíen dinero para el pasaje. Se embarcará la semana próxima. Y ha querido decirte adiós.

NORAH (Dubitativamente.) ¿Se marcha regenerado?

MARSH Soñando con el poker. ¡Figúrate! Dice que sólo trabajan los imbéciles... Y Francisco, dónde está?

NORAH Salió con Sharp, un vecino.

MARSH (Inclinándose hacia adelante y poniéndole las manos sobre las rodillas á Norah.) Y ¿se porta bien contigo?

NORAH Cierto que sí. (Se levanta y va de la mesa á la ventana.) Pero, ¿cómo tarda tanto Roberto? No se da mucha prisa.

MARSH (Se levanta, mira á su alrededor y va hacia la mecedora, á la izquierda.) ¿Te acostumbras á esta vida? Roberto no se llegó á acostumbrar.

NORAH (Tratando de cambiar de conversación,) ¿No me traes carta? Hace tiempo que no recibo ninguna.

MARSH (Se registra los bolsillos y al fin saca una carta.) ¡Qué memoria la mía! Llegó una en el último correo. No te la envié porque pensaba venir...

NORAH ¿No la habrás olvidado?

MARSH No. Tómala.

NORAH (Mirando el sobre.) Poco interesante. Es de Mary Pringle, una señora de compañía que traté en Tombrigge. Me gusta poco que me hablen de los amigos de Inglaterra.

MARSH ¿Por qué?

NORAH Más vale no pensar en el pasado.

MARSH ¿No lees la carta?

NORAH Ahora no. Después.

MARSH Por mí no te prives.

NORAH Será una niñería. Pero las cartas de Inglaterra siempre me hacen llorar.

MARSH (Aproximándose á Norah, le pone ambas manos sobre los hombros y le mira cara á cara fijamente.) Norah, hermana, ¿no eres dichosa aquí?

NORAH Sí lo soy... ¿Por qué?

MARSH ¿Tu marido te quiere? ¿Te trata bien?

NORAH ¿No te digo que sí?

MARSH (Dejando el sombrero sobre la mesa.) Te llamé á mi lado pensando que te casarías... Pero nunca imaginé que te casaras con un gañán.

NORAH ¡Oh! No te preocupes por mi suerte.

MARSH No me digas eso; no está bien. No tienes á nadie más que á mí en el mundo.

NORAH (Haciendo un esfuerzo para contenerse.) Tranquilízate, Eddy; desde el día de nuestra llegada

no hemos disputado ni siquiera una vez. (Roberto Hornsby pasa por delante de la ventana.) ¡Aquí viene Roberto! (Se vuelve jubilosa hacia él. Roberto lleva un traje de americana, azul. Parece de nuevo un gentleman. Norah se coloca á la izquierda de la puerta. Marsh, detrás de la mesa hacia la derecha. Entra Hornsby y estrecha la mano de Norah jovialmente.) ¿Pero qué diablos estaba usted haciendo?

ROB. ¡Vive usted en una mansión verdaderamente señorial!

NORAH (Socialmente.) Procuro sacarle á este *cajón* el mejor partido: darle un aspecto alegre.

ROB. ¡Y lo consigue usted!

(Marsh ve las flores sobre la mesa.)

MARSH ¿Y esas flores?

NORAH ¿Son bonitas, verdad? Están frescas todavía, las acabo de coger. ¡Son flores de mostaza!

MARSH Nosotros llamamos á eso *mala hierba*... Tenéis mucha?

NORAH ¡Muchísima! ¿Por qué? (Pausa.)

MARSH Por nada. (Norah se sienta á la izquierda, frente á Roberto. Marsh se asoma á la ventana.)

NORAH (A Roberto.) ¿De modo que vuelve usted á Inglaterra?

ROB. (Yéndose á sentar en la mecedora.) Sí. ¡No más Tierra de Promisión. Ya me he convencido. No me llama Dios por el camino de la agricultura.

NORAH ¿Y qué piensa hacer usted ahora?

ROB. ¡Haraganear! Lo he madurado bien este invierno. Buscaré una viuda, rica, de cierta edad, que me tome como hijo adoptivo...

NORAH ¡Qué Roberto!

ROB. Pido poco. Vivir cómodamente, pero sin lujo. Y no trabajar. El trabajo embrutece, créame usted á mí.

NORAH ¿Piensa usted volver á las ciudades?

ROB. ¡Con entusiasmo! Programa para la primera noche: Comida en el Ritz. Luego, opereta en la Gaiety. Cena de última hora en el restaurant Romano... ¡Patria mía, con todos tus defectos, te quiero y te idolatro!

NORAH ¿Lo creerá usted? No sé en qué consiste; tal vez en la vida rústica que llevo hace unos meses. Pero esas cosas que antes me deslumrbaban... las miro ahora de muy distinto modo.

ROB. ¿Según eso, no aprueba usted mi determinación?

NORAH A medias, nada más.

ROB. Iré á Tombrigge para ver á mi madre... ¿Tiene usted algún encargo que darme para alguna persona de allí?

NORAH Acaso. Mi hermano acaba de traerme una carta de Mary Pringle. ¿Se acuerda usted de ella? Voy á ver qué me dice. (Abre la carta. Deja el sobre sobre la mesa. Lee dos ó tres líneas y deja escapar un grito de sorpresa.) ¡Oh!

MARSH ¿Qué sucede? (Acercándose á la mesa.)

NORAH (Leyendo.) «Tengo buenas noticias que darle. Me apresuro á escribirle para que se disponga usted á volver á Inglaterra. Mi hermano insiste en su deseo de que me vaya á vivir con él. (Marsh se sienta sobre la mesa y coge el sobre.) Y la señora Horbard, cuyo servicio dejo, me encarga le diga que tendrá mucho gusto en que me substituya usted. Es una persona buenísima, y el trabajo en su casa se reduce casi á sacar los perros de paseo. Sueldo anual 800 chelines.»

MARSH La carta viene dirigida á la señorita Norah Marsh... ¿No sabe que estás casada?

NORAH No. No se lo participé.

ROB. (Riendo.) Entonces, ¡vaya un bromazo! Puede usted ir y hacerles creer á aquellas cotorreras que continúa usted soltera.

(Norah, al oir estas palabras, se estremece y mira fijamente á Roberto. Pausa breve.)

MARSH (Levantándose y volviendo á dejar el sobre sobre la mesa.) Hornsby, déjenos usted á solas un momento... Quiero hablar con Norah.

ROB. Con mucho gusto. (Vase.)

MARSH Norah, ¿quieres irte de aquí?

NORAH ¿Por qué me lo preguntas?

MARSH Porque lo leí en tus ojos. Cuando Roberto te hizo esa proposición...

NORAH No sé qué pensar. ¿Es que Frank sabe algo de esto? (Tiene la carta en la mano.)

MARSH ¿Cómo quieres que lo sepa?

NORAH ¡Qué rara coincidencia! También él me habló de mi ida...

MARSH (Rapidamente.) ¿Cómo dices?

NORAH ¡Oh! (Dándose cuenta de que descubría inadvertidamente su secreto.)

MARSH (Acercándose la silla á la mesa y sentándose.) Norah, por Dios, dime la verdad. Tú me ocultas algo. ¿Es que no congeniáis?

NORAH (En voz baja.) No del todo.

MARSH ¿Por qué no me lo has dicho?

NORAH Es difícil de explicar.

MARSH Sin embargo, acabas de decirme que él contigo se porta bien.

NORAH Nada puedo echarle en cara.

MARSH ¡Algo presentía yo! ¿Cómo ibas á ser feliz con él? ¡Una mujer como tú, casada con un gañán! ¡Es horrible! Por fortuna aquí me tienes. ¡A Inglaterra! Aprovecha esta ocasión.

NORAH Pero Eddy, es que...

MARSH Esta vida no es para ti. Créeme, vuélvete á nuestra tierra. Dentro de seis meses recordarás lo ocurrido como un sueño... ¡como una pesadilla! (Sorprendido bruscamente por la expresión de Norah.) ¿Norah?

NORAH (Trágicamente.) ¡No sé! ¡No sé lo que quiero! (Roberto se asoma á la ventana.)

ROB. (Desde la ventana.) La buscan á usted, Norah.

NORAH ¿Quién? (Norah se asoma á la puerta, Marsh á la ventana.)

ROB. (Yendo á la puerta.) Una mujer (Norah mira.)

NORAH ¡Ah! Es la señora de Sharp. ¿Cómo es que viene hasta aquí á pie? No le gusta dar un paso... Es la mujer de nuestro vecino. (Emma Sharp pasa por delante de la ventana.) Buenos días, señora. (Entra EMMA SHARP. Ve a Marsh y se siente cohibida. Marsh se aparta un poco hacia la derecha. Emma Sharp es una mujer basta, de cuarenta y cinco años, coloradota, obesa. Para resguardarse del sol lleva una cofia muy usada. Una blusa raída y no muy limpia y falda á rayas.) Pase usted... (Poniéndose á la izquierda de Emma.)

EMMA Buenos días, vecina. Vengo sin aliento. Hace meses que no he andado tanto como hoy.

NORAH Mi hermano. (Marsh saluda.)

EMMA ¡Ah, su hermano! ¿Es su hermano ese señor?

NORAH (Riendo.) ¿No se lo imaginaba usted así? Tome usted asiento. (Emma se sienta junto á la mesa. Norah se sitúa detrás de la mesa. Roberto á la izquierda.)

EMMA Me devora la ansiedad... No puedo estarme quieta en casa... Salí en busca de mi marido... Eché á andar hacia aquí... De pronto ví un coche. ¡Qué vuelco! ¡Qué vuelco me dió el corazón! Pensé que sería el inspector... (Marsh y Roberto se miran.) Me decidí á venir. La emoción me empujaba, me empujaba.

NORAH ¿Pero á qué tanta inquietud?

EMMA ¡Me va usted á decir que no sabe nada! Taylor y mi marido no hablan de otra cosa... desde que se dieron cuenta...

NORAH Se dieron cuenta... ¿de qué?

EMMA ¡De qué ha de ser! ¡De la mala hierba!

MARSH (Señalando las flores.). ¿Tienen ustedes mucha?

EMMA En los sembrados de Taylor hay más... pero nosotros también tenemos por desgracia.

NORAH ¿Pero de qué hablan ustedes?

EMMA No caemos en quién nos haya podido denunciar... No tenemos enemigos...

MARSH Nunca falta quien denuncie... Todos temen el castigo...

EMMA (Mirando las flores de mostaza.) ¡Y las pone en agua! ¡Como si fueran rosas!

NORAH Eddy, por Dios, explícame... ¿Qué significa?

MARSH ¡Hermana, esas florecitas con que adornas tu casa... pueden ser tu ruina!

NORAH ¡Eddy!

MARSH Cuando eso brota entre las mieses, hay que declararlo. La ley lo manda... Y si no lo hace el dueño, nunca falta un vecino que lo haga por él... Entonces envían un inspector... (Emma llora.) Si lo juzga necesario, te obliga á arrasar toda la cosecha. ¡Y pierdes el trabajo de un año entero! (Emma llora.) ¿Es que están con el inspector?

EMMA Sí. Llegó de Prentice esta mañana.

MARSH Mal negocio para Frank. (Se asoma á la ventana.)

EMMA No tiene tantas bocas que llenar como nosotros. El puede encontrar trabajo. ¿Qué va á ser de nuestros hijos?

NORAH Frank nunca me dijo nada... ¡No comprendo por qué! (Se acerca á la mesa.)

EMMA Le oculta á usted sus penas. Porque usted

no le enseñó á contárselas todavía. (Norah la mira sin contestar.)

MARSH Tenga usted confianza, señora. No hay que esperar lo peor.

EMMA Mi marido dice que sólo tenemos mala hierba en una partida. Pero acaso me engaña para tranquilizarme. (Llora amargamente.)

NORAH (Consolándola.) No se desconsuele usted... Todo se arreglará.

MARSH No condenarán toda la cosecha... como no sea enorme el daño...

ROB. Claro que no. (Se asoma á la puerta.)

EMMA Se libra uno de las heladas y los pedriscos por milagro... ¡Y aparece la mala hierba! ¡Es para morirse! Si perdemos esta cosecha, no podremos seguir... Obligaré á Sharp á malvender. Pondremos una tiendecita en cualquier parte. Por allí debimos empezar. Pero Sharp tuvo empeño en hacerse labrador. (Norah junto á Emma. Marsh sentado.)

NORAH No hubiera usted sido nunca feliz. En Inglaterra siempre habría usted estado á las órdenes de alguien. Aquí se asoma usted á la puerta y ¿no se le ensancha usted el corazón al ver los campos de trigo que son de usted... y sólo de usted?

MARSH Tiene razón mi hermana; jamás olvidaré mi alegría al ver brotar la primera cosecha. Mi emoción al considerar: «este pedazo de tierra cría trigo por primera vez ¡desde que el mundo es mundo! Por nada volvería yo á Inglaterra. ¡Me faltaría allí aire para respirar! (Entra Francisco Taylor.)

NORAH ¡Francisco! (Dirigiéndose hacia él.)

EMMA (Interponiéndose entre ambos.) ¿Dónde está Sharp?

TAYLOR (Cuelga el sombrero en la percha. Luego le da la mano á Marsh.) En su casa le tiene usted. Bien venido, Ed. Te ví llegar en el coche. ¡Hola, Roberto! No contaba con su visita.

ROB. Quise sorprenderle agradablemente.

EMMA (A Taylor.) Diga usted, ¿qué ha pasado? ¿Qué?...

NORAH Emma estaba tan inquieta... que se adelantó hasta aquí.

TAYLOR (Jovialmente.) ¡Ya puede usted estar contenta!

EMMA (Anhelante.) ¿De veras?

TAYLOR Seguramente. Sólo dos ó tres hectáreas hay que arrasar... Eso no arruina á nadie.

EMMA (Se sienta y llora.) ¡Gracias, Dios mío! ¡Justamente este año tenemos un cosechón... ¡Si no hay país como este en el mundo! (Va á la puerta.)

TAYLOR Debería usted marcharse. Sharp la estará á usted esperando. Convidó á comer al inspector.

EMMA ¿De veras? Bien hecho. ¡Cuánto celebro poderle obsequiar! ¡Debe de ser muy buena persona! Voy corriendo.

NORAH ¡No se vaya usted á pie! Roberto la llevará á usted en el coche de mi hermano. (Roberto se levanta.)

EMMA Muchísimas gracias. Acepto. Tengo poca costumbre de andar y estoy cansadísima... Hasta la vista, Norah. (Sale y se la ve pasar por delante de la ventana.)

NORAH ¿Roberto, le molestará á usted llevarla?

ROB. Con mil amores.

MARSH (A Taylor.) Ya saliste de dudas... ¡Buen susto habrás pasado!

TAYLOR (Sarcásticamente.) Sí que ha sido bueno. Eduardo, tengo que hablar con mi mujer.

MARSH (Yéndose.) Os dejo.

TAYLOR No, no... Puedes oirlo...

MARSH Volveré dentro de un rato. (Vase.)

NORAH ¿Por qué no me lo dijiste? Te notaba preocupado.. sin saber por qué.

TAYLOR Si había de salvarse la cosecha, ¿para qué atormentarte? Si se perdía, tiempo tenías de saberlo.

NORAH ¿Cómo me dejaste que pusiera esas flores sobre la mesa?

TAYLOR Por no contrariarte... Tú no sabías que eran de mal agüero... ¡Te parecían lindísimas! (Norah coge el manojo de flores y las arroja por la ventana, dejando el vaso en la alacena.)

NORAH (Complacida.) Agradezco tu delicadeza, Frank.

TAYLOR (Recogiendo una florecilla que quedó sobre la mesa.) ¡Mentira parece que estas florecitas puedan causar tanto mal!

NORAH ¿Por qué no me digiste que le habías escrito á Eddy?

TAYLOR Se me olvidó.

NORAH — Francisco, mi hermano me ha traido una carta de mi país. Me ofrecen una colocación.

(Frank está á punto de lanzar un grito. Pero se domina y contesta con calma.)

TAYLOR — Pensarás aceptarla, sin duda.

NORAH — ¡Qué casualidad! Tú que hoy mismo me hablabas de mi partida.

TAYLOR — ¿Verdad que sí?

NORAH — (Sorprendida de su actitud.) ¿Me dejarás que me vaya?

TAYLOR — ¿Por qué no? Si me opusiera, creo que sería lo mismo.

NORAH — ¿Y por qué lo crees?

TAYLOR — Te quedaste aquí á la fuerza, no por tu voluntad.

(Norah recoge la carta que está sobre la mesa, la mete en el sobre y la guarda en la caja de la labor.)

NORAH — Es muy extraño. Se anhela ardientemente una cosa... y cuando se realiza sólo nos causa pesares y decepción...

(El la mira sin responder y sin que ella se dé cuenta de la mirada.)

TAYLOR — (Acercándose á la mesa.) ¿Piensas marcharte en seguida con Eduardo?

NORAH — (Sonriendo.) ¿Tanta prisa tienes en deshacerte de mí?

TAYLOR — No hemos acertado á ser felices. Creí que á la larga sería mía la victoria... Veo que has vencido tú.

NORAH — ¿Yo?

TAYLOR — Sí. ¿No te habías dado cuenta?

NORAH — Explícamelo.

TAYLOR — Nunca creí hallar tal resistencia en una mujer... Sí, ya sé... Has sido obediente, sumisa... Te has plegado siempre á mi voluntad y mi capricho. Pero siempre noté en ti algo hostil, algo rebelde que no alcanzaré nunca á dominar... ¡Cuántas veces al estrecharte entre mis brazos, me pareció aprisionar una sombra!

NORAH — ¿Qué más querías?

TAYLOR — Yo hubiera deseado un poco de amor.

NORAH — (Mirándole con estupefacción.) Frank... ¿pero eres tú quien habla?

TAYLOR Te conozco menos ahora que una seman después de tu llegada á casa de tu hermano. He perdido el hilo. No sé dónde estoy.

NORAH ¡Francisco! ¡Francisco! ¡Te importaba conseguir mi cariño! ¡Nunca lo pude pensar!

TAYLOR Ni acaso yo mismo lo pensé.

NORAH Viviendo contigo he aprendido á respetarte. Me deslumbraban antes vanas apariencias que ahora aprecio solo en su justo valor. ¡Me has enseñado mucho!

TAYLOR ¿Te acordarás de mí alguna vez?

NORAH (Sonriendo.) Creo que no lo podré evitar... aunque quiera.

TAYLOR Serás más dichosa lejos de mí. Yo, desde lejos, pensaré que no pasas hambre ni frío...

NORAH (Irónicamente.) Y con eso ya tengo bastante. (Norah, delante de la mesa. Taylor la mira un segundo y vuelve la cara apretando los dientes.)

TAYLOR Se te presenta la ocasión; yo no puedo evitar que te vayas. Esta vida no te gusta... Te gustaba más la de tu país.

NORAH Sí. ¡Dichosa vida! ¡Ya la recuerdo! ¡Bien la imagino! (A medida que va Norah imaginando su vida futura traduce en sus palabras una repugnancia mayor. Y Frank, al oirla siente odio y desesperación. Norah se sienta en la silla que hay á la izquierda de la mesa.) A las ocho en punto, todas las mañanas una criada me despertará. Me levantaré. Tomaré el desayuno. Después, solemne conferencia con la cocinera: órdenes para el almuerzo y la cena. En seguida cepillaré las mantas de los perritos de la señorita Hobbard... Los sacaré de paseo durante una hora. Vuelta á casa. Almuerzo. Paseo en coche casi siempre en la misma direción. Té á las cinco. Otra hora de solaz con los perros en el parque más cercano. Luego cambiaré de vestido. Bajaré á comer. Y después de la comida jugaré al *bezique* con la señora... procurando á toda costa no ganar, porque perder la molesta. A las diez, me acostaré. (Pausa. Taylor se dirige hacia la izquierda.) Y al otro día igual. ¡Y siempre lo mis

mo! Y pensar que hay en Inglaterra muchas, muchísimas mujeres con la sangre en las venas, que darían toda la sangre de sus venas por una colocación como la que me ofrecen á mí. ¡Ser casi una señora y treinta y cinco libras al año!

(Taylor la mira fijamente. Se contiene. No quiere mirarla.)

TAYLOR La vida que aquí llevabas, era bien distinta...

NORAH (Se levanta, va á la puerta y mira al exterior.) Mientras tanto, tú seguirás roturando los campos... talando los árboles.. Cavarás, sembrarás la tierra, segarás el trigo... Lucharás todos los días y á todas horas contra las heladas, el granizo... ¡la mala hierba! pero, lo sé de cierto, al fin has de salir vencedor. Se deslizará mi vida, estéril y tediosa... ¡La tuya, cuán intensa y eficaz!

TAYLOR ¡Norah, Norah!

NORAH Me parecía odioso el campo durante los meses del invierno.. pero poco á poco ha ido apoderándose de mí... Se encierran en él muy hondo, muy hondo, una poesía y una belleza que me han inundado el corazón... Ya llegué á comprender esta vida. Una labor ruda, monótona, para hombres y mujeres. Y para nosotras lo menos grato. Siempre lo mismo. Coser, zurcir, planchar, guisar, barrer... Y no obstante, tiene aquí todo ello un sentido interior. Compartimos vuestros trabajos, ¡Edificamos un país! No quiero reanudar aquella vida mezquina y estrecha. Me ahogaría. ¿Qué has hecho de mí, Francisco?

TAYLOR (Acercándose á ella, sollozante.) Si te dijese ahora: «quédate».. ¿te quedarías? No quiero. Vete á Inglaterra. Acepta esa colocación. El inspector ha condenado mi cosecha. ¡Estoy arruinado!

NORAH ¡Oh! ¿Por qué no me lo habías dicho?

TAYLOR No te lo podía decir. Al casarme contigo decidí triunfar á toda costa. No conté con la fatalidad. ¡Mala hierba en la cosecha! Ya comprendes... A cualquiera le puede ocurrir.

NORAH ¿Y qué piensas hacer ahora?

TAYLOR Para mí, eso es fácil. Ponerme á jornal otra vez. Sólo tú me preocupabas. Sabía de cierto que no querías volver á casa de tu hermano. No te concibo de criada ni allí ni fuera de allí. Me consumía la inquietud. Cuando me hablaste de una colocación en Inglaterra, pensé que lo mejor era dejarte marchar.

NORAH ¿Sin dejarme compartir tus penas?

TAYLOR Lo he perdido todo. Si no fuera así, ¿crees tú que te iba á dejar? ¡Ah! ¡No! Te juro que no te suelto... Te hubieras quedado conmigo.

NORAH ¿Venderás la tierra?

TAYLOR No podría, aunque quisiera He puesto demasiado trabajo en ella. Y, luego, tú has vivido aquí. Me pondré á jornal. La tierra me pertenece. Vendré á salvarla otra vez.

NORAH ¿Y me querrás aún cuando vuelvas?

TAYLOR Sufro bastante, Norah. No me amargues aún más. (Vuelve la cabeza.)

NORAH Y los dos juntos... ¿no nos podríamos poner á servir?

TAYLOR ¿Qué has dicho? (Volviéndose hacia Norah.)

NORAH Siempre hay anuncios que piden un matrimonio. Encontraremos trabajo fácilmente. Yo no soy la misma que hace un año. Ya sé ganarme un jornal.

TAYLOR Seguro que sí. De sobra.

NORAH Un año pronto se pasa.

TAYLOR ¿Norah? ¡Imposible!... ¡No lo podrías soportar!

NORAH Gertrudis lo hizo. ¿Por qué no lo he de hacerlo yo?

TAYLOR Gertrudis era muy diferente.

NORAH En nada. Gertrudis lo hizo por cariño á Eddy. Sacrificándose por él, era dichosa...

TAYLOR ¡Norah! No me atrevo á comprender.

NORAH Atrévete. Compréndelo. ¿Tú esperabas un poco de amor, verdad? Pues el amor germinó en mi alma, fué creciendo lentamente, día por día... Yo no me lo quería confesar. Mi orgullo se revelaba contra tu desdén. Pero hoy rompo ese secreto que constituía mi alegría y mi desesperación. Al irme á

separar de ti para siempre, he comprendido que ya no podía vivir sin ti. Ya no me sonroja quererte... ¡Te quiero! ¡Te quiero!

TAYLOR ¡Mujercita mía!

(Las últimas palabras las pronuncia abrazados, mirandose cara á cara. Telón.)

FIN DE LA COMEDIA

A Tomás Borrás, que en
el claro talento de los grandes,
sabe conquistar hermanar la
austeridad con la juventud,

[illegible]

# LA TIERRA DE PROMISIÓN

Queda prohibida en absoluto la venta de esta obra. La tirada se hace exclusivamente para servir los archivos de las Compañías que la representen en España, las cuales responderán de los ejemplares que con tal motivo se les faciliten.

**Precio: TRES pesetas**